



90 minutos

Relatos de fútbol



90 minutos

Relatos de fútbol

Presidenta de la Nación
Cristina Fernández de Kirchner

Vicepresidente de la Nación
Amado Boudou

Ministra de Cultura de la Nación
Teresa Parodi

Jefa de Gabinete
Verónica Fiorito

Secretario de Políticas Socioculturales
Franco Vitali

Coordinadora Programa Libros y Casas
Daniela Allerbon



90 minutos

Relatos de fútbol

Coordinación editorial
Daniela Allerbon

Edición
Vicente Russo

Revisión de contenidos
Débora Ruiz, Bárbara Talazac

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Javier Bernardo

Digitalización
Centro de Microfilmación y Digitalización de la Biblioteca Nacional
(Juan Abate, María Argüello, Agustina Beyda, Ignacio Gaztañaga y Karina Petroni)

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro, Florencia Argento

Agradecimientos
Víctor Hugo Morales, Adrián Nirón, Joaquín Amoia, Ciro Cavalotti

Asesoramiento en selección de imagen de tapa
Dirección de Artes Visuales del Ministerio de Cultura de la Nación

Imagen de tapa
Oscar Suárez

Programa Libros y Casas

Libros y Casas es un programa que se lleva adelante desde el año 2007 con el objetivo de democratizar el acceso a los libros y promover la lectura tanto en el ámbito privado como en los espacios comunitarios a través de distintas actividades.

Hasta el momento ha entregado **cien mil bibliotecas** –un millón ochocientos mil libros– a cada una de las familias que recibieron viviendas de los **Programas Federales de Construcción de Viviendas** a lo largo de todo el país, y ha llevado adelante más de mil talleres de lectura. Se estima que el total de beneficiarios del programa alcanza el millón de personas.

Los textos fueron especialmente editados y seleccionados para que las familias cuenten con una biblioteca básica que incluye libros de ficción para grandes y chicos, libros ilustrados, de historieta, manuales, libros históricos y periodísticos.

El programa **Libros y Casas** ha sido tomado como modelo y fue replicado en Cuba (Bibliotecas Familiares)

y en Chile (Maletín Literario). Su impacto en las prácticas de lectura fue evaluado en el año 2008 a través de encuestas en 13 provincias. De la información recolectada se concluyó que la llegada de los libros impactó de manera positiva en los hogares, además de que gran parte de las familias contaban con menos de diez libros antes de recibir la biblioteca.

En 2015, de acuerdo con las nuevas prácticas surgidas a partir de los cambios en el acceso a las nuevas tecnologías y a su uso, el programa complementa sus acciones a través de una plataforma web y libros interactivos explorando nuevas herramientas para promocionar la lectura.

Esperamos que muchos viejos y nuevos lectores y lectoras disfruten de estos libros.

90 minutos

Índice

10. **Introducción**
12. **La gambeta más larga del mundo / Pedro Saborido**
“A los 6 minutos, los holandeses se organizaron y decidieron que cinco se encargarían de sacarle el balón, mientras que los otros cinco tratarían de partirle la rodilla”.
18. **Milagro en Parque Chas / Inés Fernández Moreno**
“Todos hemos tenido, de chicos, la fantasía de ser relatores de fútbol [...]”.
28. **Relatores / Alejandro Dolina**
“Según dicen, no era del todo imparcial en sus narraciones. Cuando se hacía de la pelota, comenzaba a elogiar su propia jugada”.
36. **Mensajes de texto / David Voloj**
“Mi viejo [...] pensaba que el fútbol era cuestión de huevos”.
48. **La mejor de las historias / Pablo Ramos**
“¿Te acordás de Ángel Clemente Rojas: Rojitas, el Pelado? [...] yo lo vi nacer, y crecer con la pelota”.
58. **Esperándolo a Tito / Eduardo Sacheri**
“Nosotros éramos todos matungos, pero nos bastaba tirársela a Tito para que inventara algo [...]”.

-
78. **Rúper / Julián Troksberg**
“Ahora volví a San Estéfano buscando alguna foto que me confirme lo que ya sé. Que me muestre a Rúper vestido de negro en medio de un terreno de juego”.
88. **Otoño del 53 / Osvaldo Soriano**
“Íbamos a jugarles un partido de fútbol a los ingleses de las Falklands y ellos se comprometían a que si les ganábamos, las islas pasarían a llamarse Malvinas para siempre”.
98. **Nace antes / Ariel Magnus**
“El gol lo hace Rivas, sí, pero la jugada nace antes, con el pase de Cralotti”.
108. **Patricio se bifurca / Fernanda García Lao**
“Las tribunas parecían un corral lleno de zorros salvajes, baba detenida en la comisura de esos labios”.
120. **Sportivo Virreyes / Juan Sasturain**
“Hagan de cuenta que hoy van a aprender otro equipo: Sportivo Virreyes, si quieren”.
126. **La partera de Maradona / Rodolfo Braceli**
“Pudo concebir a semejante ser porque [...] cumplió al pie, al pie de la letra, los consejos que la Pierina le anotó”.
138. **La jugada de todos los tiempos /**
Víctor Hugo Morales
“En una corrida memorable, en la jugada de todos los tiempos, barrilete cósmico ¿de qué planeta viniste?”.

Introducción

En la Argentina medimos la vida por la cantidad de mundiales que vimos. Los integrantes de las familias se dividen entre los que vieron jugar a Diego y los que no. El primer mundial se recuerda como el primer beso.

Eso es el fútbol acá, una fuente de historias de heroísmos, de fracasos que no podemos evitar comparar con la nuestra.

El fútbol empieza siempre con una historia: un chico que quiere jugar y se imagina metiendo un gol imposible y la tribuna ovacionando su nombre; o con alguien que sufre tanto durante un partido que lucha entre verlo o huir al rincón más remoto para dejar de sufrir.

El fútbol es muchas historias porque hay relatores profesionales y amateurs que hacen de él una narración espectacular que, a veces, no tiene importancia si se parece al partido que está contando o no. *Milagro en Parque Chas* de Inés Fernández Moreno y *Relatores*

de Alejandro Dolina nos muestran hasta dónde puede llegar la magia de contar el fútbol: el relator que privilegia los sentimientos del hincha y la perfección de los pases por sobre el partido mismo.

El fútbol es también las discusiones sobre el fútbol, todas las teorías que empiezan cuando el partido termina. La filosofía de una jugada que deriva en la pregunta existencial del cuento *Nace antes* de Ariel Magnus: ¿dónde nace una jugada?, ¿en el pase anterior o en todo lo que sucedió incluso antes de que ese jugador pisara el club?

Hay partidos que se juegan por el honor, por la recuperación de la soberanía sobre un territorio como en *Otoño del 53*, el delirante cuento de Osvaldo Soriano.

El fútbol puede ser muchas historias y sabemos que siempre va a ser una parte de la nuestra, de la que les contemos a todos los que sigan, una leyenda argentina.

“No quiero ser demasiado contundente, pero la idea siempre es transformar la realidad en algo más ameno. Y eso es algo que nos pasa todo el año con Pedro”.

Diego Capusotto

Pedro Saborido

Buenos Aires, 1964

Productor, guionista de radio, teatro y televisión, creador junto con Diego Capusotto del programa de televisión *Peter Capusotto y sus videos*. En cine, guionó y codirigió la película *Peter Capusotto en sus tres dimensiones*. Para teatro, escribió las piezas *Una noche en Carlos Paz* y *Qué noche Bariloche*. En TV trabajó junto con Tato Bores y en los programas *Delicatessen*, *Todo x \$2* y *Compatriotas*, entre otros.

La gambeta más larga del mundo

ALCIDES BERNASCONI ES EL PROTAGONISTA DE la gambeta más larga del mundo. La realizó en febrero de 1975, en un encuentro entre El Porvenir y el Ajax de Holanda, en Gerli. Alcides tomó posesión del balón a los 40 segundos del primer tiempo. Empezó a gambetear rivales arrastrando cuatro jugadores contra el córner adversario, para luego ir llevándolos por la banda lateral hasta el córner de su propio arco. Dada la lejanía que tenía de la valla contraria, los seis jugadores de campo del Ajax que restaban también fueron a marcarlo. Alcides, endiablado, la hacía girar entre sus piernas sin que nadie acertara a quitársela.

A los 6 minutos, los holandeses se organizaron y decidieron que cinco se encargarían de sacarle el balón, mientras que los otros cinco tratarían de partírle la rodilla. Pero Alcides no solo hacía malabares imposibles

Gerli

Barrio de la ciudad de Avellaneda, en la provincia de Buenos Aires.

con el esférico, sino que, con un loco, grácil y deleitable bailoteo, esquivaba los guadañazos. Tampoco servían los pechazos y empujones que, lejos de hacerle perder el equilibrio, parecían hacerlo mantenerse en el aire.

Un jugador holandés (de apellido Pérez, hijo de algún

_____ **Cross**
En boxeo, puñetazo
en el mentón.

inmigrante) optó por lanzarle un cross a la mandíbula que Alcides también esquivó; luego aprovechó para empezar un veloz pique hacia el círculo central. A esta altura,

los propios compañeros de equipo empezaron a correrlo para quitarle la pelota.

Alcides gambeteaba a veinte jugadores mientras se daba tremendos autopases y hasta tiraba pelotazos al área que, con increíble velocidad, iba a buscar él mismo, parándola de pecho, enfriando el partido, para luego seguir dando rienda suelta a su inusitada habilidad, mientras los jugadores se comían amagues, chocaban entre sí y caían uno arriba del otro formando pequeños montoncitos.

En el minuto 30, cuando parte del público empezaba a abandonar el estadio (“el egoísmo y la falta de sentido de equipo no le hacen bien al fútbol”, fueron las declaraciones del Gordo Satanás, destacado hincha de El Porvenir, conocido por haber hecho volcar un colectivo de la Línea 51 de un cabezazo), el árbitro (Juan Carlos

Baglietto, homónimo del artista rosarino) cobró algo poco claro (algún resquicio del reglamento acerca de la retención del balón) y expulsó a Alcides, quien lejos de hacerle caso siguió gambeteando a los jugadores, al árbitro, a los líneas, a los suplentes, al personal policial que empezó a correrlo con sus perros y a parte de la platea baja. Todos corrían por la cancha tras Alcides, quien llevaba dibujada una extraña sonrisa.

De repente, la Guardia de Infantería empezó a lanzarle gases. Parte de los que lo marcaban se apartaron dándole un claro por el que Alcides picó y encaró hacia el túnel. El árbitro vio que la pelota salía y marcó lateral, pero ya a nadie le importaba el partido. Marcado por 1.457 hombres, Alcides se metió en el túnel, pasó por los vestuarios, salió del club y se mandó para la avenida Pavón. Allí, se sacó de encima 548 hombres con un amague (“Me voy a Temperley”, gritó, y encaró para la Capital) y siguió avanzando entre autos y colectivos.

A la altura del puente Pueyrredón, unas 40 mil personas lo corrían (la mitad lo marcaba, la otra lo alentaba) y cruzando el Riachuelo se encontró con tropas del Quinto Blindado de Magdalena, que abrió fuego. Pero Alcides se dio el lujo de esquivar las cargas de los tanques y los obuses,

Obuses

Tipo de artillería y municiones.

mientras por Montes de Oca ya era seguido por móviles de la televisión que transmitían en vivo la extraña hazaña de este volante que dividía a todo un país: a esta altura se discutía si eso no era la esencia del fútbol, acaso en estado puro, sin resultadismo, con poesía y habilidad para el disfrute de la gente.

Desde un helicóptero, Osvaldo Zubeldía (convocado de urgencia) fue dando indicaciones al personal policial y del ejército de cómo ir marcándolo y desde qué sectores hacer fuego para ir corriéndolo a Alcides hacia la Costanera. Lo lograron. De pronto Alcides se vio de espaldas al río, enfrentándose a 70 mil personas, 140 patrulleros, 23 carros de asalto, 7 tanques y un avión Hércules C-130. Hubo un silencio. Alcides paró la pelota y dejó que todas las miradas llegaran a sus ojos. Un teniente fue el primero que dio un paso al frente. Entonces Alcides giró, hizo pasar la pelota sobre su cabeza y saltó la baranda. Y todos vieron cómo se fue picando sobre las aguas del Río de la Plata. Nadie lo siguió. A los 300 metros, lo vieron darse vuelta. Los miró y luego tiró un pelotazo hacia Montevideo y se fue corriendo, siempre sobre el agua.

“Estas cosas pueden ser de Dios o del Diablo. Que a veces se parecen...”, dijo un sacerdote asignado al caso

por la Curia Metropolitana. Lo cierto es que nadie entendió bien qué era lo que había pasado ese día.

Llegó dos semanas después a Bélgica. “Creo que tengo un tirón”, dijo al pisar tierra firme. Jugó un par de años en el Galoise de Bruselas, un equipo de la B. Luego se retiró y puso una concesionaria de usados. Le sigue yendo bien.



Este cuento se publicó en la revista *Un Caño*.

Si te gustó...

Puro fútbol, de Roberto Fontanarrosa; *El mundo ha vivido equivocado*, de Roberto Fontanarrosa; *Semblanzas deportivas*, de Roberto Fontanarrosa; *Metegol*, dirigida por Juan José Campanella.

“Yo de fútbol no sé nada. Es más, no me gusta el fútbol, me deprime escuchar de fondo dominguero los relatos [...] sin embargo, me gustó como desafío. Un escritor puede documentarse y escribir de lo que sea”.

Inés Fernández Moreno

Inés Fernández Moreno

Buenos Aires, 1947

Su vasta producción literaria incluye obras traducidas y publicadas en diversas antologías. Obras: *El cielo no existe* (2013), *Mármara* (2009), *La profesora de español* (2005), *Hombres como médanos* (2003), *La última vez que maté a mi madre* (1999) y *Un amor de agua* (1997).

Milagro en Parque Chas

AQUELLA NOCHE, LAS CALLES DE PARQUE CHAS me recordaban más que nunca el cementerio de La Chacarita.

Esas módicas casitas de la calle Berlín o Varsovia, de ventanas estrechas y muros grises, se correspondían indudablemente con aquellas bóvedas de mármol y piedra del cementerio vecino. Unas casas un poco más reducidas al fin y al cabo, un poco más silenciosas, pero esencialmente iguales.

Bóveda o casita, allí estaba la misma orgullosa clausura de la propiedad privada, el mismo persistente deseo de jardinete delante, de cantero florido, la misma respetuosa interdicción en el umbral. Hasta los enanitos de jardín y los perros de terraza mantenían su parentesco con ciertas figuras de vírgenes o de ángeles guardianes en lo alto de los mausoleos.

Módicas
Modestas.

Admito que yo estaba deprimido.

Hacía pocos días que me había quedado sin trabajo y los brasileros estaban ganándonos uno a cero en

la ronda final de la Copa América. Así me lo decía la voz del relator que me taldraba el cerebro a través de los auriculares del walkman. Por eso, tal vez, aquella nube de pensamientos fúnebres se las arreglaba para trabajarme el ánimo, en segundo plano, pero en una unívoca dirección de melancolía y derrota.

Walkman
Reproductor de audio estéreo lanzado al mercado por la compañía japonesa Sony en 1979.

Llegué hasta la avenida Triunvirato en busca de un quiosco abierto para comprar cigarrillos y me detuve frente a la vidriera de una casa de artículos para el hogar.

Un grupo de seis o siete hombres seguía las alternativas del partido a través de varias pantallas encendidas. Siempre me ha producido cierta desazón ver a estos solitarios, es fácil imaginarlos con hambre, con frío, sometidos a un deseo que se conforma con las migajas del confort. Pese a todo, en medio del abandono y la luz mortecina de la avenida, el grupo resultaba una isla esperanzada de humanidad.

Me paré detrás de todos y me dejé magnetizar como ellos por las imágenes mudas de la pantalla. Yo

tenía la dudosa ventaja del sonido, con la voz del relator puntuando el movimiento de los jugadores. Es decir: los errores de nuestra selección y el avance avasallante de los brasileros.

Súbitamente, las luces parpadearon, las pantallas dejaron ver un último destello luminoso y después se oscurecieron por completo dejándonos desconsolados y boqueando como cachorros a los que hubieran arrancado de su teta. No sé por qué razón, tal vez porque yo era el que había llegado último, todas las caras se volvieron hacia mí. Levanté los hombros, un poco desconcertado.

—Se debe haber cortado una fase, aventuré.

Me siguieron mirando. Qué querían de mí, yo, de electricidad, sabía poco y nada.

—Vamos, hombre —aclaró por fin un viejo de boina gris—, diga usted, que está conectado, cómo va el partido.

Todos hemos tenido, de chicos, la fantasía de ser relatores de fútbol, todos hemos intentado alguna vez alcanzar la portentosa velocidad necesaria para seguir la carrera de una pelota y la de los jugadores tras ella. No lo niego. Pero verme lanzado así a relatar, de buenas a primeras, era otra cosa.

Algunos avanzaron un paso hacia mí, no supe entonces si en actitud amenazante o más bien como

buscando una mejor ubicación. Los miré. Vi en primer plano a un muchachito ojeroso envuelto en una bufanda verde, a un morocho corpulento de campera de cuero, a un hombre rubio de cara gastada con el diario doblado bajo el brazo...

Eran hombres abatidos, lo suficientemente castigados por los políticos, por la falta de trabajo, de esperanzas, por la torpeza de nuestra selección y ahora, además, por ese corte inesperado que los dejaba otra vez fuera del partido.

Era un deber solidario agarrar esa pelota.

Empecé tímidamente a reproducir las palabras del relator.

—... qué bien la hizo el brasilero... —dije— qué precisión... el indirecto es para Carvalho... se viene menga-nito... menganito... zutanito... el puntero cabecea con el parietal izquierdo... centro chanfleado... busca la cabeza del número 9... pelota en el área... peligro de gol...

Apenas iniciado el relato pude notar cómo las palabras, entumecidas al principio, se daban calor unas a otras, cómo se volvían resueltas y hasta temerarias —ya me lo había comentado un amigo que estudiaba teatro, la voz emitida públicamente se anima de otra fuerza, se enamora de su propio arrullo y termina haciendo su propio juego.

Fui casi el primer sorprendido cuando, en lugar de cantar el poderoso gol de Gonçalvez con el que Brasil se ponía dos a cero, desvié unos centímetros la pelota en el aire y la hice pegar contra el travesaño.

—... pega la pelota contra el travesaño... —dije—, increíble señores —agregué—, increíble... Argentina se salva por milagro de un nuevo gol del jugador carioca.

Mi tribuna suspiró aliviada y yo seguí adelante: “... viene el Zurdo... toca para Angelini... Angelini para Pedrete... Pedrete para Pascualito... Pascualito... Pascualitoooo...”.

La ofensiva argentina hubiera continuado limpiamente su avance si no fuera por Quindim, el marcador brasileiro, un mulato enorme que se desliza como una anguila, “se cruza por su derecha, traba con Pascualito, quita y de un tiro largo pone el esférico en el área de los argentinos...”.

No resultó igual de fácil desviar la dirección en que rodaban mis palabras. De manera que dije: “Se cruza Quindim por la derecha, intenta trabar... Pascualito lo gambetea... el mulato cae y rueda sobre la gramilla... y ya nadie lo para a Pascualito que ahora llega hasta el área chica, pateo y ¡goooooool! ¡goooooool! ¡¡¡¡gool!!!! ¡¡¡¡de Argentinaaaa!!!!... —canto— que se pone uno a uno con los brasileiros..., ¡¡¡graaaande Pascualito!!! —apunto, ganado sinceramente por la emoción del empate.

Mi tribuna salta de alegría. El grito crece hasta estremecer la impávida quietud de Triunvirato.

El jubilado se saca la boina gris y la agita en un arco enorme, como si quisiera saludar con ella al universo entero.

El pibe ojeroso de la bufanda se abalanza sobre la espalda del morocho que lo agarra de las piernas y le hace dar varias vueltas a caballito. Más atrás, un grupo de tres o cuatro se abraza y salta rítmicamente. Yo mismo corro hacia la esquina con los brazos en alto. Un motociclista, contagiado por el entusiasmo, se detiene en el semáforo y hace sonar su bocina.

El festejo se silencia apenas retomo el relato, pero persiste en los ojos brillantes y la actitud expectante del grupo.

Con un vértigo de angustia, entiendo que todo ha quedado ahora en mis manos, en mi voz. Que puedo hacerlos caer nuevamente en el desconsuelo o hacerlos vivir momentos de gloria.

Promediando el segundo tiempo, empujados por el frío y el entusiasmo, nos desplazamos por Triunvirato hacia La Haya. Yo voy delante, seguido siempre por la barra, consignando cada vez con mayor profesionalismo el increíble vuelco de la selección argentina.

Me basta con corregir apenas al relator. Cuando habla del avance seguro “de los brasileros”, digo “de los argentinos”, cuando dice “Bertotto se durmió en el pase”, digo “Das Portas” se durmió, cuando dice “uhhh, cómo se comió esa pelota el arquero argentino”, digo “uhhh, cómo se la comió el arquero carioca”.

Una pareja que se besa lentamente en La Haya se suma a la hinchada. En Berna, un viejo en silla de ruedas se asoma a la puerta y nos aplaude. Un hombre que está paseando dos perros salchicha por las veredas de Berlín empieza a seguirnos. Una mujer desmelenada, en pantuflas, corre por Varsovia y nos alcanza. Dos pibes que están fumando un porro en Ámsterdam también. Como en el flautista de Hamelín, el despliegue armónico y consistente de la selección argentina resulta una música irresistible.

Llegamos a la Plaza Éxodo Jujeño. Aunque el verano ya ha quedado atrás, hay en el aire un recuerdo de jazmines. Dejo entonces de escuchar al relator, a aquel que solo me hablaba a mí, con la voz soberbia y estridente de quien se cree dueño de la verdad. No lo necesito. Me irrita con su voz chabacana y sus goles mentirosos. Ellos, los de mi grey, solo escuchan mi voz, ven

Grey

Conjunto de individuos con algún carácter común.

a través de mis palabras, se elevan y gozan y temen pero solo para volver a gozar porque, como nunca, la acción se ajusta a una estrategia inteligente y rigurosa: los delanteros atacan, los defensores defienden, los arqueros atajan.

Los errores brasileros, en cambio, se multiplican.

Equivocan los pases, se comen los amagues, arman mal en la línea de fondo, erran dos penales imperdibles...

El equipo argentino se perfecciona, se vuelve imaginativo, deja jugadas –un caño, un taquito, un gol de media cancha– que podrán recordarse durante años. Los goles, en esa fiesta de grandeza, son casi lo de menos y llegan con asombrosa puntualidad. Ganamos cinco a uno.

Ni la niebla que desciende sobre el Parque ni la pobre claridad de los faroles logran opacar la alegría. Por el contrario, les confieren a los abrazos, a las camperas y las bufandas desplegadas, a las manos que se agitan, a los que caen de rodillas, se santiguan y se besan y cantan y bailan, una dimensión de misteriosa epopeya.

Parque Chas es territorio liberado, y lo ha sido por la vibración de mis palabras, por las imágenes que ellas han convocado frente a todos aquellos ojos.

El frío aprieta y la hinchada por fin se dispersa lentamente. Yo camino a la deriva. Voy como entre nubes, agotado, pero sereno y orgulloso.

Una lucecita, como una boya, me guía hasta el quiosco de Gándara y Tréveris que ahora está abierto.

—Antes no estaba abierto, le comento al quiosquero.

—Las cosas cambian —me comenta con filosofía—. ¿No vio acaso cómo terminó el partido?

Lo dice con una sonrisa que bastaría para iluminar el barrio entero.

—Todos lo vieron —digo yo—, tratando de recordar su rostro entre los hombres de mi hinchada.

Después le cabeceo un saludo y sigo mi camino.

Lanzo hacia el cielo una bocanada de humo que se prolonga en una nube tenue de vapor.

En el techo de una casita gira locamente una figura oscura. Es una veleta. Un perro de azotea. Un ángel que festeja el milagro de Parque Chas.



Este cuento se publicó en *Cuentos de fútbol*.

Si te gustó...

Mármara, de Inés Fernández Moreno; *La voz del estadio*, de Gabriela Saidon; *La música de los domingos*, de Liliana Hecker; *The cup*, dirigida por Khyentse Norbu.

“Los Refutadores de Leyendas definen el fútbol como un juego en que veintidós sujetos corren tras de una pelota. La frase, ya clásica, no dice mucho sobre el fútbol, pero deschava sin piedad a quien la formula. [...]. ¡Líbrenos Dios de percibir el mundo con este simple cinismo! El fútbol es —yo también lo creo— el juego perfecto”.

Alejandro Dolina

Alejandro Dolina

Buenos Aires, 1949

Es músico, conductor y creador del exitoso programa radial *La venganza será terrible*. Cursó estudios de Derecho, Música, Letras e Historia. No cosechó títulos. Él se ha encargado de decir que el aprendizaje es en sí mismo una felicidad que no necesita la promesa de una recompensa. De su trato con los libros y con la gente del barrio proviene cierta mezcla de erudición y vagancia. Entre sus obras se destacan *Crónicas del ángel gris* (1987), *Lo que me costó el amor de Laura* (1998) y *Bar del infierno* (2005).

Relatores

LOS GRIEGOS CREÍAN QUE LAS COSAS OCURRÍAN para que los hombres tuvieran algo que cantar. Las guerras, los desencuentros, los amores trágicos, los horrendos crímenes, las gestas heroicas: todo tenía para los dioses impíos el único fin de proporcionarles tema a los cantores. La historia pone al alcance del menos docto centenares de ejemplos de relatos que fueron más ilustres que los sucesos narrados.

Resulta difícil concebir una idea más triste del destino humano. Sin embargo, a los juglares, cantores, cronistas y narradores de cuentos les complace pensar que el mundo se mueve para favorecerlos en su oficio.

Héctor Bandarelli, el relator deportivo de Flores, creyó pertenecer a la estirpe de Homero. Durante toda su vida se esforzó para que la narración deportiva alcanzara las alturas artísticas de la épica.

Gestas

Conjunto de hazañas de un personaje o un pueblo.

Juglares

Personas que, por dinero y ante el pueblo, cantaban, bailaban, recitaban o hacían juegos y malabares.

En sus comienzos, Bandarelli hizo algo que nadie había hecho antes. Siendo entrea la izquierda del equipo de Empalme San Vicente, acostumbraba relatar los partidos que él mismo jugaba. Era héroe y juglar, Aquiles y Homero, Eneas y Virgilio.

Según dicen, no era del todo imparcial en sus narraciones. Cuando se hacía de la pelota, comenzaba a elogiar su propia jugada.

—Extraordinario, Bandarelli avanza en forma espectacular.

Muchas veces, por elegir las palabras e impostar la voz, se perdía goles cantados. Cantados incluso por él mismo.

A medida que pasaba el tiempo, el relator iba superando al jugador. Algunos viejos que lo vieron jugar cuentan que pasaba la mayor parte del tiempo parado en el medio de la cancha, relatando, casi sin tocar la pelota.

Finalmente fue excluido del equipo. Sin rencor ni tristeza, siguió acompañando las modestas giras del Empalme San Vicente solo para relatar desde un costado de la cancha el partido que jugaban sus antiguos compañeros. Lo hacía sin micrófono y sin radio, de modo que nadie lo escuchaba, salvo algún wing peregrino que alcanzaba a oír de paso su voz emocionada.

Después, según se sabe, el Empalme San Vicente dejó de jugar y sus futbolistas pasaron a integrar otros equipos.

Y en ese momento, cuando todo hacía sospechar la decadencia de Bandarelli, el hombre dio un paso genial: descubrió que su narración no necesitaba un partido real. Era posible relatar partidos imaginarios, hijos de su fantasía.

Parece una evolución previsible: los antiguos poetas cantaban hazañas más o menos reales. Después las inventaron.

Lo mismo sucedió con Bandarelli. Y al no tener que ceñirse al rigor de los hechos ciertos, los partidos que relataba empezaron a mejorar: se lograban goles estu-
pendos, los delanteros eludían docenas de rivales, había disparos desde cincuenta metros, los arqueros volaban como pájaros, se producían incidentes cruentos, los árbitros cometían errores perversos. De a poco, el artista fue incorporando elementos más complejos a su obra. El tiempo, por ejemplo, manejado en un principio de un modo convencional, pasó a tener durante el apogeo de Bandarelli un carácter artístico y psicológico. Los partidos podían durar un minuto o tres horas.

Algunas veces, el relator omitía cantar un gol, pero daba claves y mensajes sutiles para que el oyente descubriera la terrible existencia del gol no cantado. Aparecían, cada tanto, unas historias laterales que provocaban un

Omitir

Dejar de hacer una cosa.

falso aburrimiento, que no era sino una trampa para mejor asestar la alevosa puñalada del gol sorpresivo.

Todos recuerdan el famoso partido Boca-Alumni que Bandarelli relató en un asado del club Claridad de Ciudadela. En esta obra mezcló jugadores actuales con glorias de nuestro pasado futbolístico. Los viejos hacían fuerza por Alumni, los más jóvenes por Boca. Ganó Alumni, pero en su magistral narración, Bandarelli dejó caer -con toda sutileza- la sensación de que los boquenses, por respeto a la tradición, se habían dejado ganar.

Las audiencias de Bandarelli no siempre fueron numerosas. Algunos partidos los relató solo, en una mesa del bar La Perla de Flores, ante el estupor de los mozos y parroquianos. Pero poco a poco, los muchachones del barrio fueron descubriendo sus méritos y con el tiempo hubo quienes prefirieron escucharlo a él antes que ir a la cancha.

En 1965, Héctor Bandarelli organizó su campeonato paralelo de fútbol. Todos los domingos narraba el encuentro principal, mientras un colaborador lo interrumpía para comunicar lo que sucedía en el resto de los partidos.

Algunas firmas comerciales de Flores lo ayudaron a solventar los nulos gastos del certamen a cambio de avisos publicitarios.

Las narraciones tenían lugar en la puerta de la casa de Bandarelli y, cuando llovía, en la cocina. Hay que decir

que el relator poeta nunca trabajó para ninguna emisora y jamás utilizó micrófono, salvo en la grabación que realizara del segundo tiempo de Barracas Central-Barcelona, ya en el final de su carrera.

El campeonato paralelo terminó en un desastre. El artista no tuvo mejor ocurrencia que sacar campeón a Unión de Santa Fe y mandar al descenso a River, lo que irritó a muchas personas, que hasta llegaron a agredir a Bandarelli.

Pero todos los que saben algo del relator coinciden en afirmar que su mejor partido fue Alemania-Villa Dálmine, relatado en el Colegio Alemán de la calle José Hernández, a pedido de la Asociación Cooperadora.

Ese encuentro fue un verdadero canto a la hermandad entre los hombres. Los zagueros entregaban banderines a los delanteros rivales en cada jugada. El árbitro abrazaba llorando a los futbolistas que quedaban en offside. Los de Villa Dálmine hicieron una suelta de palomas celestes y blancas a los quince minutos del segundo tiempo para celebrar el segundo gol de la selección alemana. En el final, todos se abrazaron e intercambiaron obsequios.

Fue inolvidable. En el Colegio Alemán, los padres lloraban de emoción añorando la tierra de sus antepasados. Algunos miembros de la Asociación Cooperadora le pidieron a Bandarelli que volviera a relatar el encuentro en diferido, pero el artista se negó.

*Efímero
Pasajero, que
dura poco.*

En el esplendor de su actividad, tal vez advirtiendo el carácter efímero de su obra, resolvió escribir libretos detallados que luego archivaba prolijamente.

Desgraciadamente, sus familiares quemaron este valiosísimo corpus argumentando que juntaba mugre. Nos queda apenas un breve fragmento, correspondiente al encuentro Boca Juniors 3-Vélez Sarsfield 3.

“Solidario, agradecido, ayuno de envidias, Javier Ambrois entrega la pelota a Nardiello. El viento agita las banderas en los mástiles de la Vuelta de Rocha. Nardiello tira un centro rasante... Arremete J. J. Rodríguez, pero ya es tarde... tarde para remediar los errores del pasado... tarde para volver a unos brazos que ya no nos esperan... Ya es tarde para todo”.

Según sus seguidores, el libreto le quitaba frescura a Bandarelli y –como hemos visto– recargaba un tanto su estilo.

Un día desapareció. Algunos dicen que se mudó, o que se murió, es lo mismo. La gente volvió a preferir los partidos sonantes y cantantes de la radio.

Los relatores de hoy tienen la posibilidad de seguir al maestro e intentar la ficción y la fantasía en sus narraciones. ¿Por qué depender de la actuación, muchas veces mediocre, de los futbolistas? ¿Por qué no crear

con la voz jugadas más perfectas? ¿Por qué no dar nacimiento a deportistas nobles, diestros y mágicos que nos emocionen más que los reales?

Se puede ir más allá. Todo el periodismo podría tener un carácter fantástico y abandonar los vulgares hechos de la realidad para aludir a sucesos imaginarios: conflictos, tratados, discursos, crímenes e inauguraciones de ilusión.

En este último instante comprendo que nadie me asegura que estos artistas no existen ya. Tal vez, todo cuanto uno lee en los diarios no es otra cosa que un invento del periodismo de ficción.

Sin embargo, esta clase de incredulidad conduce a sospechar la falsedad del universo mismo. Suspendamos semejante astucia porque algunos hasta podrían pensar que el propio Bandarelli es imaginario y sus partidos, sombras de una sombra.



Este cuento se publicó en *El fantasma*.

Si te gustó...

Bar del infierno, de Alejandro Dolina; *El show de Alejandro Molina*, ciclo televisivo creado por Alejandro Dolina y Juan José Campanella (Canal Encuentro).

*“Mi papá llamó a casa llorando.
[...]. Esa noche, River había
descendido a la B Nacional.
[...]. Tiempo después, enfermó.
[...]. Y, lamentablemente, no
alcanzó a ver a River de vuelta
en primera. Para mí, el fútbol
es eso, acaso inexplicable, que
rodea la memoria de mi padre
y se proyecta en mí”.*

David Voloj

David Voloj

Córdoba, 1980

Ha publicado el libro *Letras modernas* (2008) y relatos en distintos medios de la Argentina, México y España. En 2009 recibió el Primer Premio en el concurso El Fungible (Madrid, España) por el cuento “Fronteras latinoamericanas”. El mismo año obtuvo el Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes en el género cuento por el libro *Asuntos internos* (Raíz de Dos, 2011).

Mensajes de texto

I

MI VIEJO, UN TIPO QUE JUGÓ MÁS DE VEINTE años en La Gloria y que se había quedado en Córdoba, en su club, más allá de la guita y la ilusión de triunfar en un equipo grande, pensaba que el fútbol era cuestión de huevos. Eso decía. Y solía ser muy gráfico al respecto; más de una vez se bajó los cortos en el vestuario, pegó un par de gritos y se agarró la entrepierna. Nunca llegó a quitarse los calzoncillos porque el viejo era un señor, no un degenerado. Solo que le gustaba despejar dudas por si alguno lo tomaba en sentido metafórico. Huevo, mucho huevo, decía antes de salir a la cancha. Y yo, que había quedado fuera del circuito profesional por un par de lesiones, tenía sus palabras grabadas a fuego.

Últimamente participaba en campeonatos chicos, de barrio, pero ponía lo mejor de mí. Porque ahí, en

las sillas de plástico que estaban detrás del alambrado, el espectro del viejo me observaba. A él le dedicaba los trofeos, a él le rendía cuentas si jugaba sucio o erraba goles de angurriento.

II

El doctor Soler no conoció a mi padre. Tampoco lo vio jugar. Al doctor Soler parecía disgustarle el fútbol. Tenía pinta de dedicarse al ajedrez, al ping-pong. Pero de ponerse la camiseta no sabía nada.

Cuando comencé con las molestias en la ingle fui a verlo. Él arrojó un par de diagnósticos. Más tarde, confirmó la enfermedad, comenzó con el tratamiento. En la última consulta, guardó los estudios en un sobre y trató de quitarle dramatismo al asunto.

—Coco, Coquito. Vamos a intervenir —dijo, paternal—. Pero no es la muerte de nadie. Muchos hombres pasan por lo mismo y andan diez puntos. Un riñón sí sería grave. ¿No te parece?

—No sé, Soler... No sé.

—Con un testículo basta y sobra para llevar una vida normal —continuó—. Hasta te diría que vas a estar más tranquilo, relajado. Se te va a despejar la mente.

Sentí que me estaba cargando. ¿A qué se refería con “normal”? Soler estaba entre los urólogos más reconocidos del país, tenía varios títulos colgados en el consultorio. No obstante, un tipo especializado en extirpar genitales me inspiraba desconfianza. Era el padre del Ojota Soler, uno de los compañeros con los que jugábamos el provincial de fútbol cinco. Así y todo, debí controlarme para no insultarle a la madre, la abuela y la hermana. Parecía no darse cuenta de que estaba hablando de mis testículos, específicamente de mi pobre testículo derecho.

Recordé al gato de la tía Chola, un gatito simpático, inquieto, de esos que se escapan dos o tres veces al año para ser felices por ahí. A ella le molestaban esos aires de independencia y un día fue a ver al veterinario.

A mí, los veterinarios y los urólogos me caen pésimo; son capaces de joderle la vida a cualquiera. Desde que lo castraron, el gato de la tía se volvió obeso y sus ganas de vivir se fueron diluyendo en un ronroneo agónico.

—Un gato triste... Me voy a convertir en un gato gordo, triste e impotente.

—Coquito querido —Soler me palmeó la cara—. Vas a seguir jugando al fútbol y saliendo con chicas como cualquier persona normal. Dejate de pavadas, che. Ahora te vas a tu casa, te cuidás y no me hacés

ningún esfuerzo. El viernes venís a primera hora así operamos.

—¿Pasado mañana? ¿Tan pronto?

—Cuanto antes, mejor.

Soler fue contundente. La guillotina ya tenía fecha.

III

A veces el mundo se complota. Cuando llegué al club, el entrenador del equipo de básquet pasó con dos pelotas debajo de los brazos. Al saludarme, una se le cayó al suelo.

—Está pinchada —dijo, aunque nadie le había preguntado.

Los chicos esperaban en el bar. El Tano había ensartado cinco rodajas de salame con el mismo escarbadientes. Él comía así, a lo bestia. Alrededor estaban el Negro, Peluca, el Gordo y Carlitos; parado, el Ojota Soler, que tomaba el fernet de la jarra. Se los veía bien, con los calzoncillos llenos, disfrutando de la vida.

—Mañana está la revancha con los de Villa General Belgrano —se rio el Ojota—. Che, ¿y a vos cómo te fue con mi viejo?

—Mal —dije—. Me fue muy mal.

Me pasé media hora hablando del quiste. Los chicos miraban radiografías, señalaban las zonas oscuras y movían la cabeza como si entendieran. Al escuchar los pormenores de la operación, el Gordo bajó las manos, Carlitos se miró la bragueta y el Tano dejó de comer.

—El partido de mañana te lo dedicamos —dijo el Ojota.

—¡Qué partido ni partido! Por favor, nadie piensa en el partido —se enojó el Tano—. Ya mismo llamo a la Comisión para suspender.

—Jueguen —dije—. No se van a perder la final por mi culpa.

Carlitos, que hasta ese momento había estado callado, tomó la palabra.

—¡Déjense de bolud...! —dijo y se desdijo al instante—. Perdón, Coco, no me di cuenta.

—Entiendo, está bien —le respondí.

—No jugamos y punto —continuó—. Mañana se vienen a casa y le hacemos la despedida a Coco. ¿Está claro?

Como ninguno entendió bien a qué se refería con “despedida”, le pedimos que tratara de ser más específico.

IV

Esa noche di mil vueltas en la cama. No dormí nada. Al amanecer, metí el pijama para el pre y el posoperatorio en el bolso. El tiempo pasó muy rápido. Cuando me quise dar cuenta, era otra vez de noche y el Gordo estacionaba en la puerta. Me preguntó si ya estaba listo y yo pensé que nunca se puede estar listo para una pérdida semejante.

Llegamos a lo de Carlitos cerca de las nueve. En la terraza había alcohol como para un regimiento: fernet, dos tachos llenos de hielo, Coca-Cola, vodka, un melón, varias cajas de tetra blanco. Ya habían encendido el carbón. Solo faltaba el Ojota, que llamaba cada cinco minutos para decir que ya llegaba con las chicas. Porque todo esto de la despedida consistía en eso, en una última joda, una fiesta que pintaba ser inolvidable.

Sin embargo, yo solo pensaba en la operación. Para colmo, tenía prohibido el alcohol y nadie, en semejantes circunstancias, podía pasarla fenomenal con juguito de naranja.

Entonces recibí el primer mensaje de texto. “VNGAN A JUGR, MARYKS”. Pensé que se habían equivocado,

pero también sonaron los teléfonos del Negro y de Carlitos: “VNGAN A JUGR, MARYKS”.

Cinco minutos más tarde nos llegó otro: “KGONES”. Los chicos, bastante entonados con la melancía, se codeaban. El Negro me explicó que nadie le había avisado al equipo de Villa General Belgrano que el partido se había suspendido.

Melancía

Bebida hecha a base de melón y vino.

Hubo un tercer mensaje, un cuarto. El tono se hacía más agresivo, los insultos se multiplicaban, afectaban a nuestras madres.

Hasta ese momento, nos había parecido divertido. Además, el Ojota había llegado con tres morochas increíbles, operadas por todas partes.

Cuando recibí el quinto mensaje quedé paralizado. “T FALTAN W-VOS”, decía. “¿VAS A JUGR? ¿O T KRTARON LAS BOLS?”, leí después.

Mi rostro se transfiguró. El mensaje solo me había llegado a mí. Carlitos se acercó a preguntar qué me pasaba. El celular volvió a sonar. “NO TNES W-VOS”.

—Dejalos, bolud... —dijo al mirar la pantalla—. Perdon, no quise...

—¡Te entendí! —le grité, mientras seguía recibiendo golpes bajos en el celular.

V

Una hora más tarde, el Peluca se cubría los ojos. La luz del reflector le hacía doler la cabeza. Miré alrededor. Carlitos se tambaleaba mientras intentaba pisar la pelota. En la tribuna, nuestras tres hinchas fumaban.

—¿Empezamos? —dijo el capitán del otro equipo.

—Esperá, macho —le respondí—. ¿No ves que falta uno?

El Negro, pálido como nunca y con un aliento a alcohol terrible, despertó al Ojota con un par de chorros de soda en la cara.

Y empezó el partido. Aunque partido es una forma de decir. Aquello era una paliza. Los de Villa General Belgrano jugaban solos: hacían pases de taco, esquivaban las patadas asesinas de Carlitos y mareaban al Peluca como querían.

Al terminar el primer tiempo, perdíamos por cuatro y, la verdad, era un buen resultado. Como en el partido de ida les habíamos metido seis, aún contábamos con dos goles de diferencia. Pero en el segundo tiempo nos hicieron otro. Y la cosa se puso jodida.

Para matar el aburrimiento, las chicas se quitaron los abrigos e improvisaron un show erótico en la

tribuna. Cuando amagaron a quitarse algo más, la cancha se encendió. Dejamos de jugar. Hasta el réferi miraba a las morochas con el silbato que le colgaba de los labios.

De pronto, Carlitos se metió en el área, agarró la pelota con las manos y se puso a piropear a lo loco. El pitazo fue ensordecedor.

—¡Penal! —gritó el réferi.

Yo me acerqué, le guiñé el ojo. Pero mis esfuerzos por desviar la atención fueron en vano. El capitán del otro equipo sonreía.

—¿Quién va a atajar? —preguntó.

Me di vuelta. Los chicos estaban en cualquiera, de modo que me calcé los guantes y tomé posición en la línea de cal.

VI

Entré a la clínica con tres latas de cerveza helada en la entrepierna.

—Perdoname, no sabía —se disculpaba el criminal que me había fusilado—. La hubieras dejado pasar...

Y a lo mejor tenía razón. Pero el penal superó la barrera del sonido y la pelota fue derecho al bajo vientre

del arquero. Debo haber gritado con vehemencia porque a todos se les pasó la borrachera.

—Coquito, qué hiciste... —dijo el padre del Ojota, que cayó de inmediato.

—¡Soler, por favor! ¡No me castrés!

—Quedate quieto así puedo... —dijo Soler.

—No, Soler, no. Salvame uno, uno —le rogué llorando.

—Pará, Coco. El golpe es en el cuádriceps. ¿Ves? El testículo está perfecto.

En el pasillo aguardaban los chicos de los dos equipos, además del árbitro y una de las morochas. Me alentaban con los pulgares para arriba.

—¿En serio, doctor? —pregunté—. No me mienta.

No sé por qué ahora trataba a Soler de usted.

—Agradecele a Dios —dijo al final—. Te salvaste de milagro.

Después, un enfermero me inyectó algo para desinflamar y me llevó a la habitación.

En las horas que faltaban para entrar al quirófano no tuve tiempo para reflexionar. De alguna manera, Soler tenía razón. Había sido un milagro. Pero no se trataba de Dios ni de la Virgen. Quien había desviado la pelota había sido mi viejo, que seguía cuidándose desde las tribunas del más allá. Me gustó pensarlo así.

Y también me gustó pensar que había tenido una gran despedida. Los chicos se habían portado. La verdad, no me podía quejar.



Este cuento no se publicó previamente.

Si te gustó...

Los suplentes, de David Voloj; *Tiempo de descuento*, corto protagonizado por Diego Capusotto; *Goal*, dirigida por Danny Cannon; *El otro fútbol*, documental dirigido por Federico Peretti.

“Soy hincha de Arsenal desde chico y simpatizante de Independiente. Jugué en Arsenal, jugaba bien, me crie en Arsenal, iba a la pileta en Arsenal, Arsenal era mi club de barrio. ¡El fútbol es el barrio!”.

Pablo Ramos

Pablo Ramos

Avellaneda, 1966

Escritor argentino. Nació en un suburbio de la provincia de Buenos Aires, donde transcurrió su infancia. Después su ámbito fue la calle, la vida difícil, a veces la desesperanza. Ha publicado *El origen de la tristeza* (Alfaguara, 2004) y *La ley de la ferocidad* (Alfaguara, 2007), y el libro de relatos *Cuando lo peor haya pasado* (Alfaguara, 2005), que obtuvo el primer premio del Fondo Nacional de las Artes (2003) y el primer premio en el concurso Casa de las Américas de Cuba (2004).

La mejor de las historias

UNA SEMANA ANTES DE UNA NAVIDAD, MÁS O MENOS un año y medio antes de que mi padre muriera, estábamos pasando unos días buenos en la costa de Mar de Ajó, días como tal vez nunca habíamos pasado ni volvimos a pasar. Fue un domingo, mi madre se había quedado haciendo la comida y mi padre y yo, no muy amantes de la playa, nos fuimos a un bar a tomar el vermú. El sol rajaba la tierra y, por supuesto, todos los demás se habían ido al mar. Solos, acodados en el mostrador, que era como más nos gustaba estar, íbamos por el tercero o cuarto Gancia con fernet cuando mi padre se acordó de mi promesa de amasar. Yo me había olvidado.

—Como tu madre nos conoce, seguro que ya se encargó de todo —me dijo.

—¿Sabés que desde hace unas semanas estoy escribiendo historias? —le dije, en un ataque de hablar de algo más que de banalidades—. Encontré la máquina de mi abuelo y la estoy usando.

—Historias.

—Sí, recuerdos de cuando era chico, historias un poco verdad y un poco inventadas. No sé, me hace bien. Tal vez largue todo para dedicarme a escribir —dije esto último y me arrepentí: había estado de más.

Es que en cualquier momento, sin que yo pudiera controlarlo, me asaltaba el deseo de herirlo, aunque más no fuera sutilmente, de tirar un dardo minúsculo que le pellizcara la carne, de dejar en claro que la paz que vivíamos no era una paz verdadera, sino una circunstancia, un estado de ánimo que dependía pura y exclusivamente de mi ánimo, al cual él debía permanecer sometido. Seguimos tomando. Un quinto, un sexto vermú. Yo estaba borracho, felizmente borracho. Permanentemente al borde de la risa

Distendido
Relajado.

como si en vez de tomar vermú me hubiera fumado un porro. Él, distendido y un poco, apenas, suelto de lengua. Miré la hora: mi madre ya debía tener la comida lista, pero nos conocía bien a mi padre y a mí: aparte de tener el corazón en la boca porque estábamos juntos, iba a tener la precaución de no echar los fideos al agua hasta que nos hubiéramos sentado a la mesa.

—¿Querés una buena historia para escribir? —me dijo, de golpe, mi padre.

Yo me limité a mirarlo. Él no había acusado el golpe que suponía el hecho de que yo pensaba dejar la empresa, pero había tomado, sin más, el hecho de que yo me había puesto a escribir, una actividad que por estar tan cerca del ocio él debía repudiar con toda su alma. Me quedé en silencio y él volvió a preguntar.

—¿Querés o no querés? —dijo.

—A ver, dale, pero que sea una historia que a vos te interese no garantiza que a mí me interese también.

—Sentí —dijo. Siempre decía sentí por escuchá.

—¿Te acordás de Rojitas, el Pelado? Los pibes de tu generación no lo vieron jugar. Pero yo lo vi nacer y crecer con la pelota. Lo más grande que tuvo Boca, lo más grande que tuvo este país, más grande que Bochini, más grande que Maradona. Lo que pasa es que eran otras épocas.

—Seguro que estás exagerando.

—No sé. El asunto es así: una noche de verano, un calor insoportable, estábamos Coco, el Pelado Rojitas, Rabanito y yo en el club Brisas, sentados como ahora estamos nosotros dos. Lo jodíamos al Pelado porque había firmado con Boca, él que era hincha de Independiente, como el Diego, ¿entendés lo que te digo?

Le dije que entendía, y le pedí que nos apartáramos un poco. Mi padre nunca me había contado una historia. Pedí

otra botella de Gancia y otro sifón, reforcé las medidas de fernet y nos fuimos a sentar a la última mesa. Yo con mi vaso en una mano y el sifón y el Gancia en la otra. Mi padre dio dos pasos y apoyó su mano libre sobre mi hombro. Fue la única vez que él tuvo un gesto así conmigo. Nunca me voy a olvidar de lo que sentí. ¿Con tan poco se podía allanar tanto el camino hacia la paz? La tormenta seguía, pero despuntaba algo parecido a un sol tibio en el horizonte. Si con solo un toque de su mano la ferocidad le daba algo de espacio al amor, ¿qué no podía ser posible entonces con un poco de tiempo? Ese abrazo suave, corto, casual, sobre mi hombro. Ese abrazo único, pero tan verdadero como aquella tarde de verano, o como el aire de esta noche de otoño en la cual escribo, es lo importante, lo que recuerdo perfectamente. Porque la historia puede ser circunstancial, tal vez insuficiente, pero tiene el valor de otorgarle al hombre, mi padre, la categoría de hombre real. Nos sentamos y siguió. De golpe entró mi hijo Cristian; mi madre, que sabía perfectamente en donde estábamos, nos había mandado llamar. Cristian tenía pelada la nariz. Mi padre le dijo que le dijera a su abuela que le pusiera crema.

—Y decíle también que en media hora estamos allá, hijo —dijo mi padre.

Era como si el chico fuera yo. Tantas veces mi madre me había mandado a buscarlo y mi padre que ya venía,

que ya venía y terminábamos comiendo sin él. El club fue siempre la segunda casa, o la primera casa de mi padre. Las cartas y el vermouth, los rivales más duros de mi madre.

—Te sigo contando. El Pelado debutaba mañana, o sea al otro día, entendés.

—Mañana está bien.

—Claro, como si fuera mañana, contra Vélez, en el Boca de Rattin, y ponele que ahora fueran la una o las dos de la madrugada. Se tenía que ir a dormir. Él tomaba granadina y nosotros todo lo que te puedas imaginar, en esa época sí que se tomaba. Dale que dale a la pavada hasta que la noche se cae porque se cae, porque a veces la alegría es más grande que lo que uno tiene para decir. Vienen unos minutos de silencio. Ruidos de vasos, la risa tardía de Coco, y así como así el Pelado nos invita a conocer su casa nueva de Flores. Se la había alquilado Boca y él la había puesto con todo porque había cobrado una prima que equivalía al sueldo de un año en la fábrica de fósforos, la misma en la que trabajó tu madre hasta conocerme a mí. Que vamos a verla, que vamos a verla; que sí, que no, y fuimos nomás. Él estaba con el auto del padrino aunque apenas manejaba, o había aprendido hacía muy poco. Lo importante es que el Pelado era un peligro con el auto, y por más que le insistí quiso

Prima

Cantidad que se paga como indemnización o gratificación en algunos casos.

manejar igual, aunque cualquiera de nosotros era preferible, aun con el pedo que teníamos. El viaje fue pura risa por cualquier cosa, bocinazos y gritos a todo lo que se pareciera a una mina. Yo iba atrás, en silencio, dejándoles el monopolio del ruido a los otros tres, me había ensimismado, entendés, porque no es que ese carácter sea exclusividad de tu madre, yo también muchas veces soy así, y vos también sacás eso de mí.

—¿De verdad?

—Claro. Recuerdo eso: que yo estaba así, en ese estado, por las copas y porque estaba así. Sentía pena por todo lo que veía. Pero no una pena fea, no una pena porque menospreciara a las demás personas y a las cosas. Todo lo contrario, pena porque me sentía cerca de ellas. Porque la noche había sido hecha para nosotros. Todo era la noche. Los otros autos, los gatos, los árboles, los pocos perros que perseguían a algún linyera ladrándole el paso. Y de golpe un auto que nos venía de frente y las siluetas de mis amigos que se iluminaban como apariciones, lo recuerdo tan nítidamente. Y sé que no es una boludez, sé que es algo, aunque no pueda decirte qué.

—Seguí —le digo—, no te vayas a poner melancólico y rompás el invicto a esta altura de tu vida.

—Sentí. Llegando a la casa, nosotros íbamos por una de esas calles de Flores que de noche son todas iguales,

doblamos en contramano. Estábamos a una cuadra y ninguno de los boludos se dio cuenta. Entonces yo despierto de esa en la cual me había quedado colgado y le digo que tenga cuidado que se había metido contramano. No termino de decirlo que nos para un policía. Yo escucho el silbato primero y veo la moto después. Pensé que estábamos sonados. Pero enseguida me tranquilizo porque manejaba el Pelado y él no había tomado ni una copa. El cana nos ilumina con la linterna. Nos pide que bajemos despacio. Era una época tranquila, no se tenían los miedos que se tuvieron después. Un cana era algo más parecido al cartero que a un milico. Pero nosotros éramos pibes. Bajamos y supongo que mi cara no debería ser muy diferente de la de mis amigos. El cana nos dice que nos pongamos todos bajo la luz del farol, y es ahí que lo veo: negro, no como yo, como Louis Armstrong, entendés. Negro mota. Rabanito suelta una risita pero la reprime enseguida. Los demás nos quedamos callados. El cana le pide al Pelado la licencia de conducir, así le dice, no registro, licencia de conducir, como si el tipo fuera de otro país, de otro planeta. ¿Y sabés qué? El Pelado no tiene. Me la olvidé, dice, y es mentira, y todos nos damos cuenta de que es mentira. Te la olvidaste de sacar, le dice el cana. Después nos hace

Louis Armstrong

Famoso trompetista y cantante estadounidense de jazz que nació en 1901 en Nueva Orleans y murió en Nueva York en 1971.

hacer el cuatro, nos palpa de armas y dice que nos va a tener que confiscar el auto. Mi padrino me mata, señor, dice el Pelado. Coco lo arenga a más: Decile quién sos, decile, boludo. Al Pelado ya lo conocía todo el país porque le había hecho tres goles a Uruguay en una selección de la C que se había formado para jugar un amistoso. Todo el mundo hablaba de él porque Armando se lo había comprado a Arsenal de Llavallol después de ese partido. Soy Ángel Clemente Rojas, dice el Pelado, Rojitas, no el Tanque, eh: Rojitas. El cana lo mira, parece dudar. Pregunta qué hacemos tan tarde si mañana “el señor” debuta en Primera. El Pelado le cuenta lo de la fiesta, jura que no tomó, nosotros juramos que él no tomó, pide por favor. Entonces escuchá lo que dice el cana: Esta no es tu noche, pibe, dice. Te encontraste con un cana negro, hincha de Vélez e hijo de uruguayos. Qué le vas a hacer. Capaz que te meto en gayola para satisfacción de mis viejos y para que no nos hagas ningún gol a nosotros. El Pelado tenía una cara que no me voy a olvidar jamás. Le prometo que si me deja ir no hago ningún gol, señor, dice. El cana se ríe, nos pregunta si alguno de nosotros tiene registro. Yo le muestro el mío, me lo revisa y me permite manejar el auto. Antes de dejarnos ir, le recuerda la promesa. Rojitas, acuerdesé, le dice, ningún gol, y nos vamos.

—¿Nada más? —digo.

—Sí, más vale. Por un momento te pensaste que era una anécdota de mierda, ¿no? Sentí. Al otro día Boca le ganó a Vélez tres a cero. Tres goles de Corbatta, tres jugadas de Rojitas que lo dejaron solo a Corbatta. “Tres jugadas electrizantes”, así dijo el diario del domingo. Se habló de la “generosidad” del Pelado, ¿entendés? Generosidad. Tres gambetas dentro del área, pero ningún gol. ¿Por miedo al negro? No sé. El otro fin de semana pasó algo que no te incumbe, y yo nunca más le volví a hablar al Pelado. “Tres jugadas electrizantes” y ningún gol. ¿Entendés? Eso sí que es una historia.

Le sonreí. Pagamos y nos fuimos. Yo pensaba: Qué hombre, de qué está hecho que es tan fascinante y tan difícil a la vez de entender para mí. Pensaba esto con tranquilidad, sin poder salir del asombro todavía. Él solo caminaba.

Jamás volvió a contarme algo.

Jamás volvió a tomarme del hombro.



Este cuento es parte de la novela *La ley de la ferocidad*.

Si te gustó...

El origen de la tristeza, de Pablo Ramos; *Apache, en busca de Carlos Tévez*, de Sonia Budassi; *Maradona por Kusturica*, dirigida por Emir Kusturica; *El camino de San Diego*, dirigida por Carlos Sorín.

“El fútbol es una mera
puerta de entrada hacia
otras cosas. Las otras cosas,
las esenciales, que habitan
en el alma de las personas y
que son interpeladas por la
literatura y por el arte”.

Eduardo Sacheri

Eduardo Sacheri

Buenos Aires, 1967

Escritor argentino. Entre sus obras más importantes figura *La pregunta de sus ojos* (2005) que fue llevada al cine por el director Juan José Campanella. Dentro del campo audiovisual coescribió el guion de la película animada *Metegol*, inspirado en el cuento “Memorias de un wing derecho”, de Roberto Fontanarrosa. En el año 2000 publicó *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol*.

Esperándolo a Tito

Y O LO MIRÉ A JOSÉ, QUE ESTABA SUBIDO AL TECHO del camión de Gonzalito. Pobre, tenía la desilusión pintada en el rostro, mientras en puntas de pie trataba de ver más allá del portón y de la ruta. Pero nada: solamente el camino de tierra, y al fondo, el ruido de los camiones. En ese momento se acercó el Bebé Grafo y, gastador como siempre, le gritó: “¡Che, Josecito!, ¿qué pasa que no viene el ‘maestro’? ¿Será que arrugó para evitarse el papelón, viejito?”. Josecito dejó de mirar la ruta y trató de contestar algo ocurrente, pero la rabia y la impotencia lo lanzaron a un tartamudeo penoso. El otro se dio vuelta, con una sonrisa sobradora colgada en la mejilla, y se alejó moviendo la cabeza, como negando. Al fin, a Josecito se le destrabó la bronca en un concluyente: “¡andálaputaqueteparió!”, pero quedó momentáneamente exhausto por el esfuerzo.

Ahí se dio vuelta a mirarme, como implorando una frase que le ordenara de nuevo el universo. “Y ahora

qué hacemos’, decime”, me lanzó. Para Josecito, yo vengo a ser algo así como un oráculo pitonístico, una suerte de profeta infalible con facultades místicas. Tal vez, pobre, porque soy la única persona que conoce que fue a la facultad. Más por compasión que por convencimiento, le contesté con tono tranquilizador: “Quedate piola, Josecito, ya debe estar llegando”. No muy satisfecho, volvió a mirar la ruta murmurando algo sobre promesas incumplidas.

Aproveché entonces para alejarme y reunirme con el resto de los muchachos. Estaban detrás de un arco, alguno vendándose, otro calzándose los botines, y un par haciendo jueguitos con una pelota medio ovalada. Menos brutos que Josecito, trataban de que no se les notaran los nervios. Pablo, mientras elongaba, me preguntó como al pasar: “Che, Carlitos, ¿era seguro que venía, no? Mirá que después del barullo que armamos, si nos falla justo ahora...”.

Para no desmoralizar a la tropa, me hice el convencido cuando le contesté: “Pero muchachos, ¿no les dije que lo confirmé por teléfono con la madre de él, en Buenos Aires?”. El Bebé Grafo se acercó de nuevo desde el arco que ocupaban ellos: “Che, Carlos, ¿me querés decir para qué armaron semejante bardo si al final tu amiguito ni siquiera va a aportar?”. En ese momento

saltó Cañito, que había terminado de atarse los cordones, y sin demasiado preámbulo lo mandó a la mierda. Pero el Bebé, cada vez más contento de nuestro nerviosismo, no le llevó el apunte y me siguió buscando a mí: “En serio, Carlitos, me hiciste traer a los muchachos al divino botón, querido. Era más simple que me dijeras: mirá Bebé, no quiero que este año vuelvan a humillarnos como los últimos nueve años, así que mejor suspendemos el desafío”. Y adoptando un tono intimista, me puso una mano en el hombro y, hablándome al oído, agregó: “Dale, Carlitos, ¿en serio pensaste que nos íbamos a tragar que el punto ese iba a venir desde Europa para jugar el desafío?”. Más caliente por sus verdades que por sus exageraciones, le contesté de mal modo: “Y decime, Bebé, si no se lo tragarón, ¿para qué hicieron semejante quilombo para prohibirnos que lo pusiéramos?: que profesionales no sirven, que solamente con los que viven en el barrio. Según vos, ni yo que me mudé al Centro podría haber jugado”.

Habían sido arduas negociaciones, por cierto. El clásico se jugaba todos los años, para mediados de octubre, un año en cada barrio. Lo hacíamos desde pibes, desde los diez años. Una vuelta en mi casa, mi primo Ricardo, que vivía en el barrio de la Textil, se llenó la boca diciendo que ellos tenían un equipo invencible,

con camisetas y todo. Por principio más que por convencimiento, salté ofendidísimo retrucándole que nosotros, los de acá, los de la placita, sí teníamos un equipo de novela. Sellar el desafío fue cuestión de segundos. El viejo de Pablo nos consiguió las camisetas a último momento. Eran marrones con vivos amarillos y verdes. Un asco, bah. Pero peor hubiese sido no tenerlas. Ese día ganamos 12 a 7 (a los diez años, uno no se preocupa tanto de apretar la salida y el medio-campo, y salen partidos más abiertos, con muchos goles). Tito metió ocho. No sabían cómo pararlo. Creo que fue el primer partido que Tito jugó por algo. A los catorce, se fue a probar al club y lo ficharon ahí nomás, al toque. Igual, siguió viniendo al desafío hasta los veinte, cuando se fue a jugar a Europa. Entonces se nos vino la noche. Nosotros éramos todos matungos, pero nos bastaba tirársela a Tito para que inventara algo y nos sacara del paso. A los dieciséis, cuando empezaron a ponerse piernas fuertes, convocamos a un referí de la Federación: el chino Takawara (era hijo de japoneses, pero para nosotros, y pese a sus protestas, era chino). Ricardo, que era el capitán de ellos, nos acusaba de coimeros: decía que ganábamos porque el chino andaba noviando con la hermana grande del Tanito, y que ella lo mandaba a bombear para nuestro

lado. Algo de razón tal vez tendría, pero lo cierto es que, con Tito, éramos siempre banca.

Cuando Tito se fue, la cosa se puso brava. Para colmo, al chino le salió un trabajo en Esquel y se fue a vivir allá (ya felizmente casado con la hermana del Tanito). Con árbitros menos sensibles a nuestras necesidades y sin Tito para que la mandara a guardar, empezamos a perder como yeguas. Yo me fui a vivir a la Capital y algún otro se tomó también el buque, pero, para octubre, la cita siempre fue de fierro. Ahí me di cuenta del verdadero valor de mis amigos. Desde la partida de Tito, perdimos al hilo seis años, empatamos una vez, y perdimos otros tres consecutivos. Tuvimos que ser muy hombres para salir de la cancha año tras año con la canasta llena y estar siempre dispuestos a volver. Para colmo, para la época en que empezamos a perder, a algunos de nosotros, y también de ellos, se nos ocurrió llevar a las novias a hacer hinchada en los desafíos. Perder es terrible, pero perder con las minas mirando era intolerable. Por lo menos, hace cuatro años, y gracias a un incidente menor entre las nuestras y las de ellos, prohibimos de común acuerdo la presencia de mujeres en el público. Bah, directamente prohibimos el público. A mí se me ocurrió argüir que la presión de

Argüir

Dar argumentos a favor o en contra de algo.

afuera hacía más duros los encontronazos y exacerbaba las pasiones más bajas de los protagonistas. Y ellos, con el agrande de sus victorias inapelables, nos dijeron que bueno, que de acuerdo, pero que el árbitro lo ponían ellos. Al final, acordamos hacer los partidos a puertas cerradas, y afrontamos la cuestión arbitral con un complejo sistema de elección de referís por ternas rotativas según el año, que aunque nos privó de ayudas interesantes, nos evitó bombeos innecesarios.

Igual, seguimos perdiendo. El año pasado, tras una nueva humillación, los muchachos me pidieron que hiciera “algo”. No fueron muy explícitos, pero yo lo adiviné en sus caras. Por eso este año, cuando Tito me llamó para mi cumpleaños, me animé a pedirle la gaudachada. Primero se mató de la risa de que le saliera con semejante cosa, pero, cuando le di las cifras finales de la estadística actualizada, se puso serio: 22 jugados, 10 ganados, 3 empatados, 9 perdidos. La conclusión era

evidente: uno más y el colapso, la vergüenza, el oprobio sin límite de que los muertos esos nos empataran la estadística. Me dijo que lo llamara en tres días.

Cuando volvimos a hablar me dijo que bueno, que no había problema, que le iba a decir a su vieja que fingiera un ataque al corazón para que lo dejaran venir desde

Oprobio

Deshonra pública.

Europa rapidito. Después ultimé los detalles con doña Hilda. Quedamos en hacerlo de canuto, por supuesto, porque si se enteraban allá de que venía a la Argentina, en plena temporada, para un desafío de barrio, se armaba la podrida.

A mi primo Ricardo igual se lo dije. No quería que se armara el tole tole el mismo día del partido. Hice bien, porque estuvimos dos semanas que sí que no hasta que al final aceptaron. No querían saber nada, pero bastó que el Tanito, en la última reunión, me murmurara a gritos un: “Dejá, Carlos, son una manga de cagones”. Ahí nomás el Bebé Grafo, calentón como siempre, agarró viaje y dijo que sí, que estaba bien, que como el año pasado, el sábado 23 a las diez en el sindicato, que él reservaba la cancha, que nos iban a romper el traste como siempre, etcétera. Ricardo trató de hacerlo callar para encontrar un resquicio que le permitiera seguir negociando. Pero fue inútil. La palabra estaba dada, y el Tanito y el Bebé se amenazaban mutuamente con las torturas futbolísticas más aterradoras mientras yo sonreía con cara de monaguillo.

Cuando el resto de los nuestros se enteró de la noticia, el plantel enfrentó la prueba con el optimismo rotundo que yo creía extinguido para siempre. El sábado

Monaguillo

Chico que ayuda al cura durante la misa.

a las nueve llegaron todos juntos en el camión de Gonzalito. El único que se retrasó un poco fue Alberto, el arquero, que como la mujer estaba empezando el trabajo de parto esa mañana, se demoró entre que la llevó a la clínica y pudo convencerla de que se quedara con la vieja de ella. Ellos llegaron al rato y se fueron a cambiar detrás del arco que nosotros dejamos libre. Pero cuando faltaban diez minutos para la hora acordada, y Tito no daba señales de vida, se vino el Bebé por primera vez a buscar camorra. Por suerte, me avisé de hacerme el ofendido: le dije que el partido era a las diez y media y no a las diez, que qué se creía y que no jodiera. Lo miré al Tanito, que me cazó al vuelo y confirmó mi versión de los hechos. El Bebé negó una vez y otra, y lo llamó a Ricardo en su defensa. Por supuesto, Ricardo se nos vino al humo gritando que la hora era a las diez y que nos dejáramos de joder. Ante la complejidad que iba adquiriendo la cosa, con el Tanito juramos por nuestras madres y nuestros hijos, por Dios y por la Patria, que la hora era diez y media, que en el café habíamos dicho diez y media, y que por teléfono habíamos confirmado diez y media, y que todavía faltaba más de media hora para las diez y media, y que se dejaran de romper con pavadas. Ante semejantes exhibiciones de convicción patriótico-religiosa, al

final se fueron de nuevo a patear al otro arco esperando que se hiciera la hora. Después con el Tanito nos dimos ánimo mutuamente tratando de persuadirnos de que un par de juramentos tirados al voleo no podían ser demasiado perjudiciales para nuestras familias y nuestra salvación eterna.

Fue cuando lo mandé a Josecito a pararse arriba del camión, a ver si lo veía venir por el portón de la ruta, más por matar un poco la ansiedad que porque pensase seriamente en que fuese a venir. Es que para esa altura yo ya estaba convencido, en secreto, de que Tito nos había fallado. Había quedado en venir el viernes a la mañana y en llamarme cuando llegara a lo de su vieja. El martes marchaba todo sobre ruedas. En la radio comentaron que Tito se venía para Buenos Aires por problemas familiares después del partido que jugaba el miércoles por no sé qué copa. Pero el jueves, y también por la radio, me enteré de que su equipo, como había ganado, volvía a jugar el domingo, así que en el club le habían pedido que se quedara. Ese día hablé con doña Hilda y me dijo que ella ya no podía hacer nada: si se suponía que estaba en terapia intensiva, no podía llamarlo para recordarle que tomara el avión del viernes.

El viernes les prohibí en casa que tocaran el teléfono: Tito podía llamar en cualquier momento. Pero Tito

no aportó. A la noche, en la radio confirmaron que Tito jugaba el domingo. No tuve ánimo ni para calentarme. Me ganó, en cambio, una tristeza infinita. En esos años, las veces que había venido Tito me había encantado comprobar que no se había engrupido ni por la plata ni por salir en los diarios. Se había casado con una tana, buena piba, y tenía dos chicos bárbaros. Yo le había arreglado la sucesión del viejo sin cobrarle un mango, claro. Él siempre se acordaba de los cumpleaños y llamaba puntualmente. Cuando venía, se caía por mi casa con regalos, para mis viejos y mi mujer, como cualquiera de los muchachos. Por eso, porque yo nunca le había pedido nada, me dolía tanto que me hubiese fallado justo para el desafío. Esa noche decidí que, si después me llamaba para decirme que el partido de allá era demasiado importante y que por eso no había podido cumplir, yo le iba a decir que no se hiciera problema. Pero lo tenía decidido: chau Tito, morite en paz. Aunque no lo hiciera por mí, no podía cagar impunemente a todos los muchachos. No podía dejarnos así, que perdiéramos de nuevo y que nos empataran la estadística.

Al fin y al cabo, en el primer desafío, cuando era un flaquito escuálido por el que nadie daba dos mangos, y que nos venía sobrando (porque en esa época

jugábamos en la canchita del corralón, que era de seis y un arquero), yo igual le dije: “Vení, pibe, jugá adelante, que sos chiquito y si sos ligero capaz que la embocás”. Por eso me dolía tanto que se abriera, y porque cuando se fue a probar al club, como no se animaba a ir solo, fuimos con Pablo y el Tanito; los cuatro, para que no se asustara. Porque él decía: “Y yo para qué voy a ir, si no conozco a nadie adentro, si no tengo palanca”, y yo, que dale, que no seas boludo, que vamos todos juntos así te da menos miedo. Y ahí nos fuimos, y el pobre de Pablo se tuvo que bancar que el técnico de las inferiores le dijera a los cinco minutos: “¡Salí perro, a qué carajo viniste!”, y el Tanito y yo tuvimos que pararlo a Tito que quiso que nos fuéramos todos ahí mismo y decirle que volviera que el tipo lo miraba seguido. Nosotros dos, con el Tanito, duramos un tiempo y pico, pero después nos cambiaron y el guanaco ese nos dijo: “Ta’ bien pibes, cualquier cosa les hago avisar por el flaquito aquel que juega de nueve”, nos dijo señalándolo a Tito que seguía en la cancha. Pero no nos importó porque eso quería decir que sí, que Tito entraba, que Tito se quedaba, y nos dio tanta alegría que hasta a Pablo se le pasó la calentura, primero porque Tito había entrado, y segundo porque, como yo andaba con las llaves de mi casa, en la playa de estacionamiento pudimos

rayarle la puerta del Rastrojero al infeliz del técnico. Y después, cuando le hicieron el primer contrato profesional, a los 18, y lo acostaron con los premios, lo acompañé yo a ver a un abogado de Agremiados y ya no lo madrugaron más, y cuando lo vendieron afuera, yo todavía no estaba recibido, pero me banqué a pie firme la pelea con los gallegos que se lo vinieron a llevar, y siempre sin pedirle un mango. Ah, y con el Tanito, aparte, cuando nos encargamos de su vieja cuando el viejo, don Aldo, se murió y él estaba jugando en Alemania; porque el Tanito, que seguía viviendo en el barrio, se encargó de que no le faltara nada y que los muchachos se dieran una vuelta de vez en cuando para darle una mano con la pintura, cambiarle una bombita quemada, llamarle al atmosférico cuando se le tapara el pozo, qué sé yo, tantas cosas.

Nunca lo hicimos por nada, nos bastó el orgullo de saberlo del barrio, de saberlo amigo, de ver de vez en cuando un gol suyo, de encontrarnos para las fiestas. Lo hicimos por ser amigos, y cuando él, medio emocionado, nos decía: “Muchachos, ¿cómo cuernos se los puedo pagar?”, nosotros, que no, que dejé de hinchar, que para qué somos amigos, y el único que se animaba a pedirle algo era Josecito, que lo miraba serio y le decía: “Mirá, Tito, vos sabés que sos mi hermano, pero

jamás de los jamases se te ocurra jugar en San Lorenzo, por más guita que te pongan no vayás, por lo que más quieras porque me muero de la rabia, enténdeme, Tito, a cualquier otro sí, Tito, pero a San Lorenzo por Dios te pido no vayás ni muerto, Tito”. Y Tito que no, que quedate tranquilo, Josecito, aunque me paguen fortunas a San Lorenzo no voy por respeto a vos y a Huracán, te juro. Por eso me dolía tanto verlo justo a Josecito, defraudado, parado en puntas de pie sobre el techo del camión de reparto; y a los otros probándolo a Alberto desde afuera del área, con las medias bajas, pateando sin ganas, y mirándome de vez en cuando de reojo como buscando respuestas.

Cuando se hicieron las diez y media, Ricardo y el Bebé se vinieron de nuevo al humo. Les salí al encuentro con Pablo y el Tanito para que los demás no escucharan. “Es la hora, Carlos”, me dijo Ricardo. Y a mí me pareció verle un brillo satisfecho en los ojos. “¿Lo juegan o nos lo dan derecho por ganado?”, preguntó, procaz, el Bebé. El Tanito lo miró con furia, pero la impotencia y el desencanto lo disuadieron de putearlo.

“Andá ubicando a los tuyos, y llámalo al árbitro para el sorteo”, le dije. Desde el mediocampo, le hice señas a Josecito de que se bajara del camión y se viniera para la cancha. Para colmo, pensé, jugábamos con uno menos.

Éramos diez, y preferí jugar sin suplentes que llamar a algún extraño. En eso, ellos también eran de fierro. No jugaba nunca ninguno que no hubiese estado en los primeros desafíos. Cuando Adrián me avisó en la semana que no iba a poder jugar por el desgarro, le dije que no se hiciera problema. Hasta me alegré porque me evitaba decidir cuál de todos nosotros tendría que quedarse afuera. Tito me venía justo para completar los once.

Para colmo, perdimos en el sorteo. Tuvimos que cambiar de arco. Hice señas a los muchachos de que se trajeran los bolsos para ponerlos en el que iba a ser el nuestro en el primer tiempo. Yo sabía que era una precaución innecesaria. Con ellos nos conocíamos desde hacía veinte años, pero me pareció oportuno darles a entender que, a nuestro criterio, eran una manga de potenciales delincuentes. Cuando me pasaron por el costado, cargados de bultos, Alejo y Damián, los mellizos que siempre jugaron de centrales, les recordé que se turnaran para pegarle al once de ellos, pero lo más lejos del área que fuera posible. Alejo me hizo una inclinación de cabeza y me dijo un “quedate pancho, Carlitos”. En ese momento me acordé del partido de dos años antes. Iban 43 del segundo tiempo y en un centro a la olla, él y el tarado de su hermano se quedaron mirándose como vacas, como diciéndose “saltá

vos”. El que saltó fue el petiso Galán, el ocho de ellos: un metro cincuenta y cinco, entre los dos mastodontes de uno noventa. Uno a cero y a cobrar. Espantoso.

Cuando nos acomodamos, fuimos hasta el medio con Josecito para sacar. Con la tristeza que tenía, pensé, no me iba a tocar una pelota coherente en todo el partido. De diez lo tenía parado a Pablo. Si a los dieciséis el técnico aquel lo sacó por perro, a los treinta y cuatro, con pancita de casado antiguo, era todo menos un canto a la esperanza. El Bebé, muy respetuoso, le pidió permiso al árbitro para saludarnos antes del puntapié inicial (siempre había tenido la teoría de que olfear a los jueces le permitía luego hacerse perdonar un par de infracciones). Cuando nos tuvo a tiro, y con su mejor sonrisa, nos envenenó la vida con un “pobres muchachos, cómo los cagó el Tito, qué bárbaro”, y se alejó campante.

Pero justo ahí, justo en ese momento, mientras yo le hablaba a Josecito y el árbitro levantaba el brazo y miraba a cada arquero para dar a entender que estaba todo en orden, y Alberto levantaba el brazo desde nuestro arco, me di cuenta de que pasaba algo. Porque el referí dio dos silbatazos cortitos, pero no para arrancar, sino para llamar la atención de Ricardo (que siempre es el arquero de ellos). Aunque lo tenía lejos,

lo vi pálido, con la boca entreabierta, y empecé a sentir una especie de tumulto en los intestinos mientras temía que no fuera lo que yo pensaba que era, temía que lo que yo veía en las caras de ellos, ahí adelante mío, no fuese asombro, mezclado con bronca, mezclado con incredulidad; que no fuese verdad que el Bebé estuviera dándose vuelta hacia Ricardo, como pidiendo ayuda; que no fuera cierto que el otro siguiera con la vista clavada en un punto todavía lejano, todavía a la altura del portón de la ruta, todavía adivinando sin ver del todo a ese tipo lanzado a la carrera con un bolsito sobre el hombro gritando aguanten, aguanten que ya llego, aguanten que ya vine, y como en un sueño el Tanito gritando de la alegría, y llamándolo a Josecito, que vamos que acá llegó, carajo, que quién dijo que no venía, y los mellizos también empezando a gritar, que por fin, que qué nervios que nos hiciste comer, guacho, y yo empezando a caminar hacia el lateral, como un autómatas entre canteros de margaritas, aún indeciso entre cruzarle la cara de un bife por los nervios y abrazarlo de contento, y Tito por fin saliendo del tumulto de los abrazos postergados, y viniendo hasta donde yo estaba plantado en el cuadradito de pasto en el que me había quedado como sin pilas, y mirándome sonriendo, avergonzado, como pidiéndome disculpas,

como cuando le dije: “Vení, pibe, jugá de nueve, capaz que la embocás”; y yo ya sin bronca, con la flojera de los nervios acumulados toda junta sobre los hombros, y él diciéndome: “Perdoná, Carlos, me tuve que hacer llamar a la concentración por mi tía Juanita, pero conseguí pasaje para la noche, y llegué hace un rato, y perdoname por los nervios que te hice chupar, te juro que no te lo hago más, Carlitos, perdoname”, y yo diciéndole: “Callate, boludo, callate”, con la garganta hecha un nudo, y abrazándolo para que no me viera los ojos, porque llorar, vaya y pase, pero llorar delante de los amigos, jamás; y el mundo haciendo clic y volviendo a encastrar justito en su lugar, el cosmos desde el caos, los amigos cumpliendo, cerrando círculos abiertos en la eternidad, cuando uno tiene catorce y dice ta’ bien, te acompañamos así no te da miedo.

Como Tito llegó cambiado, tiró el bolso detrás del arco y se vino para el mediocampo, para sacar conmigo. Cuando le faltaban diez metros, le toqué el balón para que lo sintiera, para que se acostumbrara, para que no entrara frío (lo último que falta ahora, pensé, es que se nos lesione en el arranque). Se agachó un poquito, flexionando la zurda más que la diestra. Cuando le llegó la bola, la levantó diez centímetros, y la vino hamacando a esa altura del piso, con caricias suaves y

rítmicas. Cuando llegó al medio, al lado mío, la empaló con la zurda y la dejó dormir un segundo en el hombro derecho. Enseguida se la sacudió con un movimiento breve del hombro, como quien espanta un mosquito, y la recibió con la zurda dando un paso atrás: la bola murió por fin a diez centímetros del botín derecho.

Recién ahí levanté los ojos y me encontré con el rostro desencajado del Bebé, que miraba sin querer creer, pero creyendo. El petiso Galán, parado de ocho, tenía cara de velorio a la madrugada. Ellos estaban mudos, como atontados. Ahí entendí que les habíamos ganado. Así. Sin jugar. Por fin, diez años después íbamos a ganarles. Los tipos estaban perdidos, casi con ganas de que terminara pronto ese suplicio chino. Cuando vi esos ademanes tensos, esos rostros ateridos que se miraban unos a otros ya sin esperanza, ya sin ilusión ninguna de poder escapar a su destino trágico, me di cuenta de que lo que venía era un trámite, un asunto concluido.

Mientras el árbitro volvía a mirar a cada arquero para iniciar de una vez por todas ese desafío memorable, Josecito, casi en puntas de pie junto a la raya del mediocampo, le sonrió al Bebé, que todavía lo miraba a Tito con algo de pudor y algo de pánico: “¿Y, viste, ‘jodemil...? ¿No que no venía?, ¿no que no?” , mientras

sacudía la cabeza hacia donde estaba Tito, como exhibiéndolo, como sacándole lustre, como diciéndole al rival morite, morite de envidia, infeliz.

Pitó el árbitro y Tito me la tocó al pie. El petiso Galán se me vino al humo, pero devolví el pase justo a tiempo. Tito la recibió, la protegió poniendo el cuerpo, montándola apenas sobre el empeine derecho. El petiso se volvió hacia él como una tromba, y el Bebé trato de apretarlo del otro lado. Con dos trancos, salió entre medio de ambos. Levantó la cabeza, hizo la pausa, y después tocó suave, a ras del piso, en diagonal, a espaldas del seis de ellos, buscándolo a Gonzalito que arrancó bien habilitado.

Trancos
Pasos largos.



Este cuento se publicó en *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol*.

Si te gustó...

Lo raro empezó después, cuentos de fútbol y otros relatos, de Eduardo Sacheri; *Papeles en el viento*, de Eduardo Sacheri; *El secreto de sus ojos*, dirigida por Juan José Campanella; *Sangre roja*, dirigida por Israel Adrián Caetano.

“Soy de Boca, y en el barrio trato de seguir a Atlanta, no creo que haya gozo más grande que arañar un 1 a 0 sobre la hora, para quedarse gritando toda la semana una felicidad que solo el fútbol puede dar”.

Julián Troksberg

Julián Troksberg

Buenos Aires, 1975

Es guionista y escritor. Fue programador de un canal de cine clásico, productor de televisión y actualmente hace documentales. Su libro *La ruta hacia acá* (2011) ganó un premio del Fondo Nacional de las Artes.

Rúper

MI ABUELO RUPERTO NACIÓ EL 27 DE AGOSTO de 1914 en un poblado llamado Masa, o tal vez Maza, o incluso Mazza, en la provincia de Buenos Aires, o quizá de Santa Fe, no está del todo ubicado porque nunca nadie de la familia se preocupó por encontrarlo en un mapa.

Las dos fotos más antiguas que tengo de él, sin embargo, están sacadas en un lugar llamado San Estéfano.

En una, fuera de foco, se pueden adivinar las figuras de un adulto y un chico en una plaza desierta. Detrás, una iglesia, o algún edificio con un reloj, se recorta contra el cielo sin nubes. Hace mucho alguien me confirmó que eso era San Estéfano, y esos, mi bisabuelo con uno de sus hijos, que debe ser Ruperto. El sol baja directo, de golpe, y apenas los cuerpos dibujan una escasa sombra hacia la izquierda. Parece el mediodía y cuando, muchísimos años después, viajé por primera vez a San Estéfano, sentí que el sol de las doce me caía de lleno encima,

caluroso y recto, de la misma manera que les caía a los personajes de la foto.

En la otra, un grupo de chicos juega a la pelota. Uno tiene la pierna derecha extendida, en el aire, como si acabara de patear. A su lado, un nene mira un punto fuera de cuadro mientras otro debe ir corriendo y por eso se congeló movido. Pero hay otro más, a un costado, de perfil, que sigue la acción. Parece solitario, ajeno a lo que hacen los otros, distinto. Ese es mi abuelo.

Ruperto creció con la promesa de un San Estéfano de futuro excitante, vertiginoso, que transformaría el pueblo en una ciudad culminante. San Estéfano crecería para todos lados: hacia arriba, en altura, pero más que nada hasta ensanchar sus límites sobre los sembradíos de duraznos y los campos ralos donde se criaban chanchos, también se desbordaría sobre el río en un puerto cardinal para la salida y entrada de productos. Llegarían barcos de gran calado, repletos de marineros ucranianos dispuestos a cargar lo que haya que cargar y a gastar sus días en San Estéfano dándole un toque dinámico, mundano, de urbe moderna y cosmopolita.

Nada de eso ocurrió y San Estéfano se mantuvo cha-

Soporífero
*Muy aburrido; que
adormece.*

to, lento, siempre igual a sí mismo, con un ritmo soporífero. Las horas de la siesta empezaban temprano por la mañana y

acababan cuando se venía la noche. Los jóvenes de San Estéfano, y mi abuelo entre ellos, podían agradecer que, para hacer algo, existiera el fútbol.

Era alto, fornido, con el tipo de cuerpo musculoso que se usaba antes, en los treinta o los cuarenta. Esos cuerpos indudablemente torneados por la actividad física, pero extrañamente distintos a las líneas musculares de la actualidad. Así se lo puede ver junto con varios amigos en la foto que hoy encontré: sus torsos al sol, metidos en un arroyo escueto, el agua hasta las rodillas, sonriendo la adolescencia, en pleno festejo del aniversario de una institución deportiva que de manera insólita llamaron La Pileta a pesar de que nada tenía que ver con la natación o con actividad acuática alguna. Puedo apostar que varios de ellos, Ruperto sin dudas, apenas sabían bracear para mantenerse a flote y se hubieran ahogado de tener que nadar un par de metros seguidos. En el reverso de esa foto está anotada la fecha, los nombres (Ruperto ya por entonces es Rúper) y una inscripción enigmática que no pude descifrar y que quizás sea una clave de todo esto; y que calculo que se perderá cuando yo muera y mis parientes dejen las cajas de fotos para que se las lleve el basurero, así como se empezó a perder cuando mi abuelo olvidó esta copia en un cajón repleto de rulemanes.

Torneados
*Bien formados;
estilizados.*

Qué era lo que verdaderamente hacían en La Pileta, o contra quién competían, es una incógnita. No hay huellas en San Estéfano de jornadas deportivas en las que hayan participado ni rastros de esplendor de los nombres de la foto. O por lo menos nada registran los archivos del periódico de aparición semanal *El Universal*. Tampoco las carpetas históricas del museo local (o lo que queda de él: sufrió un derrumbe en el 67) ni los expedientes de lo que ahora es la Secretaría Municipal de Deportes y Recreación, y que durante medio siglo fue apenas un escritorio patrimoniado en la de Bienestar Social y Civismo.

Por lo que pude averiguar, los integrantes de La Pileta conformaban un sólido equipo de fútbol en el que Rúper era confinado a jugar de arquero. Dicen incluso que atajaba bien: parado tres pasos delante de la línea de gol para achicar la valla, buen salidor hacia los costados, capaz de jugar con los pies y también de volar de palo a palo de ser necesario.

Sin embargo, a pesar de esas aptitudes, la verdadera pasión de mi abuelo resultó ser arbitral: el referato.

No eran tantas las ocasiones en que Rúper podía desarrollar su tarea y demostrar su don. Pero cuando lo hacía, sus fallos eran ecuánimes; sus juicios, inquebrantables y sus sanciones, justas. No se dejaba amedrentar por *centroforwards* prepotentes, ni por zagueros bestiales. No

cedía a la presión de favoritismos ni localías, y poco le importaban las parcialidades enardecidas. Su actitud era reconocida como ejemplar. Por eso, su trayectoria fue corta y, más que nada, accidentada. No era anormal que corriera para escapar de jugadores desaforados o hinchas furiosos, un peligro que no solía disminuir enseguida: cuentan que pasó cuatro días encerrado en un baúl, y también todo un verano escondido en una chacra del otro lado del río mientras sus hermanas lo visitaban en llanto para recomendarle que no volviera nunca más.

Su pasión era tan genuina que creo que por eso no llegó a nada.

Después Rúper se casó, se fue a vivir a Buenos Aires, tuvo hijos y después aparezco yo. Cuando lo conocí ya no era Ruperto, ni Rúper, sino el abuelo. Había perdido todo el pelo, vivía en un cuarto piso y tenía la particular capacidad de generar charlas vacías en los ascensores para tapar la incomodidad que se da entre vecinos. Nunca le escuché decir nada sobre árbitros, jueces de línea o referís.

Había pagado durante años una platea en la Bombonera hasta volverse vitalicio. En la bandeja media, ni muy alta, ni muy baja, del centro tirando hacia Casa Amarilla, en una zona en la que todos usaban sombreros gastados para no arruinar uno bueno con las meadas que chorreaban de arriba. Ahí me colaba algunos

domingos en la época en la que Boca no ganaba nada y era un equipo que naufragaba por la mitad de la tabla jugando horrible.

Siempre pensé que seguir a Boca era su placer. Un entusiasmo medido, sereno, como para que de sus tres hijos uno saliera mujer, otro de River y recién el tercero, hincha de Boca.

Y entonces muchos años después, cuando ya parecía que mi familia no tenía más cosas para dar, descubrí un cuaderno lleno de recortes de diarios, sepultado en una valija de cartón. Empezaba con notas funerarias sobre gente de la que no escuché hablar y seguía con crónicas futbolísticas de la liga de San Estéfano y los pueblos vecinos. No se nombraba La Pileta y tampoco parecía guardar coherencia alguna. Recién cuando las releí pude entender que todas hablaban, en algún momento, del juez del partido. Generalmente de manera incendiaria o indignada, hablando pestes del referí.

Nunca iba su nombre, así que lo consulté con mi familia. Resultó que nadie sabía nada de esto y, si me pongo más fino, tampoco sabían sobre La Pileta, sobre los años de Rúper en San Estéfano, ni sobre mi abuelo en general. O lo que supieron se lo olvidaron cuando mi abuela también murió y se dedicaron a vender todo lo que pudieran vender y a tirar el resto.

Como tampoco sé mucho sobre mi papá, o tal vez justamente por eso, me gustaría saber qué escondía mi abuelo, aplastado por la normalidad del Peugeot y sus anteojos de marco marrón.

Por eso reescribí algunos recuerdos que tengo de él. Como este:

Yo miro correr a los jugadores de Boca, parado delante de él, y él me agarra de los hombros. Mientras los plateístas putean (mucho a los jugadores visitantes, bastante a los locales, y en especial, y con constancia y fruición, al árbitro del partido), mi abuelo se concentra en ese tipo que va por la cancha solo, de indumentaria todavía negra, impoluta, apenas acompañado por dos escuderos con banderines de colores. Disfruta de lo que no fue, absorbo en un placer deportivo secreto, diría humillante, morboso, que no tiene nada de normal para el resto de los que estamos en el estadio.

Y tal vez sea esa justamente su gracia. Un goce íntimo, que no se comparte con nadie, en un país que siempre dio árbitros de mierda y en el que cualquier tipo de justicia fue siempre una quimera o una calamidad.

Ahí giro y lo veo. Tiene un gesto en la cara que en el momento confundo con agudeza, con plenitud, pero no puede ser más que dolor.

Escudero

Se refiere a los jueces de línea.

Ahora volví a San Estéfano para buscar alguna foto que me confirme lo que ya sé. Que me muestre a Rúper vestido de negro en medio de un terreno de juego. Camino por lo que finalmente se volvió una gran ciudad y, justamente por eso, perdió toda gracia. Un tipo de *El Universal* al que le di 150 pesos para que busque me dice que no existe, que no hay, porque no quedan fotos de árbitros ni referís en el archivo del diario. Me palmea en el hombro mientras agarra los billetes y me obliga a probar un bollo de crema espantoso bajo los focos con dicroicas de un bar del centro.

Anochece y en la calle nos damos la mano. Me explica

—————
Camalote
*Planta acuática
 americana de grandes
 hojas de color verde
 brillante y flores lilas.*

que, cuando sopla el viento del norte, llega una brisa refrescante; pero cuando, como hoy, el viento viene del sudeste, trae olor a pescado podrido, a lluvia y barro, a camalote, a la densidad de los granos fermentados en los silos del puerto.

En la calle crecen esos árboles que son como brazos con reuma. Manchados, con el torso seco, como el de mi abuelo.

Está enterrado en el cementerio de San Estéfano y ahí voy. A dejarle una camiseta negra, un silbato, unas tarjetas rojas y amarillas en vez de flores, algo, un cariño, no sé.

Cuando llego, un empleado del cementerio está cerrando la puerta con un candado oxidado. Me quedo ahí, parado, envuelto en la brisa pestilente que llega del río. Sin nada para decir. No le hubiera pasado a Rúper, seguramente dispuesto a entablar una conversación plagada de frases hechas, cargadas de sinsentido, que llenaran cualquier silencio. Dispuesto a adicionar un par de minutos para que el partido terminara como tenía que terminar.



Este cuento no se publicó previamente.

Si te gustó...

Fútbol a sol y a sombra, de Eduardo Galeano; *Ida y vuelta, una correspondencia sobre fútbol*, de Juan Villoro y Martín Caparrós; *Hagan Juego*, de Ángel Cappa; *Rudo y cursi*, dirigida por Carlos Cuarón.

“El fútbol tiene la
significación de una
guerra sin muertos,
pero con conflicto.
Con drama, reflexión e
ironía. Y amalgama a
la familia, cosa que no
consigue la política”.

Oswaldo Soriano

Oswaldo Soriano

Mar del Plata, 1943 - 1997

Escritor y periodista argentino. Su primera novela *Triste, solitario y final* (1973) fue traducida a doce idiomas. Entre sus obras podemos destacar *No habrá más penas ni olvido* (1983), *Cuarteles de invierno* (1983), *Artistas, locos y criminales* (1984), *Rebeldes, soñadores y fugitivos* (1988), *Una sombra ya pronto serás* (1990), *El ojo de la patria* (1992), *Cuentos de los años felices* (1993) y *Arqueros, ilusionistas y goleadores* (1996). Soriano gozó del reconocimiento del público y de los críticos extranjeros (fue el último gran autor de best-sellers argentino). Fue un reconocido hincha de San Lorenzo de Almagro.

Otoño del 53

SALIMOS TEMPRANO DE NEUQUÉN, EN UN ÓM-nibus todo destartalado, indigno de la acción patriótica que nos había encomendado el general Perón. Íbamos a jugarles un partido de fútbol a los ingleses de las Falklands y ellos se comprometían a que, si les ganábamos, las islas pasarían a llamarse Malvinas para siempre y en todos los mapas del mundo. La nuestra era, creíamos, una misión patriótica que quedaría para siempre en los libros de historia y allí íbamos, jubilosos y cantando entre montañas y bosques de tarjeta postal.

Era el lejano otoño de 1953 y yo tenía diez años. En los recreos de la escuela jugábamos a la guerra soñando con las batallas de las películas en blanco y negro, donde había buenos y malos, héroes y traidores. La Argentina nunca había peleado contra nadie y no sabíamos cómo era una guerra de verdad. Lo nuestro, lo que nos ocupaba entonces, era la escuela, que yo detestaba, y

la Copa Infantil Evita, que nuestro equipo acababa de ganar en una final contra los de Buenos Aires.

A poco de salir pasó exactamente lo que el jorobado Toledo dijo que iba a pasar. El ómnibus era tan viejo que no aguantaba el peso de los veintisiete pasajeros, las valijas y los tanques de combustible que llevábamos de repuesto para atravesar el desierto. El jorobado había dicho que las gomas del Ford se iban a reventar y no bien entramos a vadear el río, explotó la primera.

El profesor Seguetti, que era el director de la escuela, iba en el primer asiento, rodeado de funcionarios de la provincia y la nación. Los chicos habíamos pasado por la peluquería y los mayores iban todos de traje y gomina. En un cajón atado al techo del Ford había agua potable, conservas y carne guardada en sal. Teníamos que atravesar montañas, lagos y desiertos para llegar al Atlántico, donde nos esperaba un barco secreto que nos conduciría a las islas tan añoradas.

Como la rueda de auxilio estaba desinflada tuvimos que llamar a unos paisanos que pasaban a caballo para que nos ayudaran a arrastrar el ómnibus fuera del agua. Uno de los choferes, un italiano de nombre Luigi, le puso un parche sobre otro montón de parches y entre todos bombeamos el inflador hasta que la rueda

volvió a ser redonda y nos internamos en las amarillas dunas del Chubut.

Cada tres o cuatro horas se reventaba la misma goma u otra igual y Luigi hacía maravillas al volante para impedir que el Ford, alocado, se cayera al precipicio. El otro chofer, un chileno petiso que decía conocer la región, llevaba un mapa del ejército editado en 1910 y que solo él podía descifrar. Pero al tercer día, cuando cruzábamos un lago sobre una balsa, nos azotó un temporal de granizo y el mapa se voló con la mayoría de las provisiones. Los ríos que bajaban de la Cordillera venían embravecidos y resonaban como si estuviéramos a las puertas del infierno.

Embravecidos
Enfurecidos.

Al cuarto día nos alejamos de las montañas y avisamos una estancia abandonada que, según el chileno, estaba en la provincia de Santa Cruz. Luigi prendió unos leños para hacer un asado y se puso a reparar el radiador agujereado por un pedrazo. El profesor Segueti, para lucirse delante de los funcionarios, nos hizo cantar el Himno Nacional y nos reunió para repasar las lecciones que habíamos aprendido sobre las Malvinas.

Sentados en las dunas, cerca del fuego, escuchamos lo mismo de siempre. En ese tiempo todavía creíamos que entre los pantanos y los pelados cerros

Abastecer

Proveer.

de las islas había tesoros enterrados y petróleo para abastecer al mundo entero. Ya no recordábamos por qué las islas nos pertenecían ni cómo las habíamos perdido y lo único que nos importaba era ganarles el partido a los ingleses y que la noticia de nuestro triunfo diera la vuelta al mundo.

—Elemental, las Malvinas son de ustedes porque están más cerca de la Argentina que de Inglaterra —dijo Luigi mientras pasaba los primeros mates.

—No sé —porfió el chofer chileno—, también están cerca del Uruguay.

El profesor Seguetti lo fulminó con la mirada. Los chilenos nunca nos tuvieron cariño y nos disputan las fronteras de la Patagonia, donde hay lagos de ensueño y bosques petrificados con ciervos y pájaros gigantes parecidos a los loros que hablan el idioma de los indios. Sentados en el suelo, en medio del desierto, Seguetti nos recordó al gaucho Rivero, que fue el último valiente que defendió las islas y terminó preso por contrabandista en un calabozo de Londres.

A los chicos todo eso nos emocionaba, y a medida que el profesor hablaba se nos agrandaba el corazón de solo pensar que el general nos había elegido para ser los primeros argentinos en pisar Puerto Stanley.

El general Perón era sabio, sonreía siempre y tenía ideas geniales. Así nos lo habían enseñado en el colegio y lo decía la radio; ¡qué nos importaban las otras cosas! Cuando ganamos la Copa en Buenos Aires, el general vino a entregarla en persona, vestido de blanco, manejando una Vespa. Nos llamó por el nombre a todos, como si nos conociera de siempre, y nos dio la mano igual que a los mayores. Me acuerdo de que al jorobado Tolosa, que iba de colado por ser hijo del comisario, lo vio tan desvalido, tan poca cosa, que se le acercó y le preguntó: “¿Vos qué vas a ser cuando seas grande, pibe?”. Y el jorobado le contestó: “Peronista, mi general”. Ahí nomás se ganó el viaje a las Malvinas.

De regreso a Río Negro, me pasé las treinta y seis horas de tren llorando porque Evita se había muerto antes de verme campeón. Yo la conocía por sus fotos de rubia y por los noticieros de cine. En cambio mi padre, después de cenar, cerraba las ventanas para que no lo oyeran los vecinos e insultaba el retrato que yo tenía en mi cuarto hasta que se quedaba sin aliento. Pero ahora estaba orgulloso porque en el pueblo le hablaban de su hijo que iba a ser el goleador de las Malvinas.

Seguimos a la deriva por caminos en los que no pasaba nadie y cada vez que avistábamos un lago

creíamos que por fin llegábamos al mar, donde nos esperaba el barco secreto. Soportamos vientos y tempestades con el último combustible y poca comida, corridos por los pumas y escupidos por los guanacos. El ómnibus había perdido el capó, los paragolpes y todas las valijas que llevaba en el techo. Seguetti y los funcionarios parecían piltrafas. El profesor desvariaba de fiebre y había olvidado la letra del Himno Nacional y el número exacto de islas que forman el archipiélago de Malvinas.

Una mañana, cuando Luigi se durmió al volante, el ómnibus se empantanó en un salitral interminable. Entonces ya nadie supo quién era quién, ni dónde diablos quedaban las gloriosas islas. En plena alucinación, Seguetti se tomó por el mismísimo general Perón y los funcionarios se creyeron ministros, y hasta Luigi dijo ser la reencarnación de Benito Mussolini. Desbordado por el horizonte vacío y el sol abrumador, Seguetti se trepó al mediodía al techo del Ford y empezó a gritar que había que pasar lista y contar a los pasajeros para saber cuántos hombres se le habían perdido en el camino.

Fue entonces cuando descubrimos al intruso.

Era un tipo canoso, de traje negro, con un lunar peludo en la frente y un libro de tapas negras bajo el

brazo. Estaba en una hondonada y eso lo hacía parecer más petiso. No parecía muy hablador pero antes de que el profesor se recuperara de la sorpresa se presentó solo, con un vozarrón que desafiaba al viento.

—William Jones, de Malvinas —levantó el libro como si fuera un pasaporte—, apóstol del Señor Jesucristo en estos parajes.

Hablaba un castellano dificultoso y escupió un cascote de saliva y arena.

El profesor Seguetti lo miró alelado y saltó al suelo. Los funcionarios se asomaron a las ventanillas del ómnibus.

—¿De dónde? —preguntó el profesor que de a poco se iba animando a acercársele.

—De Port Stanley —respondió el tipo, que hablaba como John Wayne en la frontera mexicana—. Argentino hasta la muerte.

De golpe también los chicos empezamos a interesarnos en él.

—No hay argentinos en las Malvinas —dijo Seguetti y se le arrimó hasta casi rozarle la nariz.

Jones levantó el libro, y miró al horizonte manso sobre el que planeaban los chimangos.

—¡Cómo que no, si hasta me hicieron una fiesta cuando llegué! —dijo.

Entonces Seguetti se acordó de que nuestra ley dice que todos los nacidos en las Malvinas son argentinos, hablen lo que hablen y tengan la sangre que tengan.

Jones contó que había subido al ómnibus dos noches atrás en Bajo Caracoles, cuando paramos a cazar guanacos. Si no lo habíamos descubierto antes, dijo, había sido por gracia del Espíritu Santo que lo acompañaba a todas partes. Eso duró toda la noche porque nadie, entre nosotros, sabía inglés y Jones mezclaba los dos idiomas. Cada uno contaba su historia hablando para sí mismo y al final todos nos creíamos héroes de conquistas, capitanes de barcos fantasmas y emperadores aztecas. Luigi, que ahora hablaba en italiano, le preguntó si todavía estábamos muy lejos del Atlántico.

—Oh, very much! —gritó Jones y hasta ahí le entendimos. Luego siguió en inglés y cuando intentó el castellano fue para leernos unos pasajes de la Biblia que hablaban de Simón perdido en el desierto.

Al día siguiente todos caminamos rezando detrás de Jones y llegamos a un lugar de nombre Río Alberdi, o algo así. Enseguida, el general Perón nos mandó dos helicópteros de la Gendarmería. Cuando llegaron, los adultos tenían grandes barbas y nosotros habíamos ganado dos partidos contra los chilenos de Puerto Natales, que queda cerca del fin del mundo.

El comandante de Gendarmería nos pidió, en nombre del general, que olvidáramos todo, porque si los ingleses se enteraban de nuestra torpeza jamás nos devolverían las Malvinas. Conozco poco de lo que ocurrió después. Jones predicó el Evangelio por toda la Patagonia y más tarde se fue a cultivar tabaco a Corrientes, donde tuvo un hijo con una mujer que hablaba guaraní.

Ahora que ha pasado mucho tiempo y nadie se acuerda de los chicos que pelearon en la guerra, puedo contar esta vieja historia. Si nosotros no nos hubiéramos extraviado en el desierto en aquel otoño memorable, quizá no habría pasado lo que pasó en 1982. Ahora Jones está enterrado en un cementerio británico de Buenos Aires y su hijo, que cayó en Mount Tumbledown, yace en el cementerio argentino de Puerto Stanley.



Este cuento se publicó en *Cuentos de los años felices*.

Si te gustó...

Rebeldes, soñadores y fugitivos, de Osvaldo Soriano; *El penal más largo del mundo*, dirigida por Roberto Santiago; *Barboza*, corto brasileño, con Antonio Fagundez; *El miedo del arquero ante el tiro penal*, dirigida por Wim Wenders; *El milagro de Berna*, dirigida por Sonke Wortmann.

“Creo que alguien al que le gusta el fútbol tiene más chances de ser feliz que alguien al que no”.

Ariel Magnus

Ariel Magnus

Buenos Aires, 1975

Escritor y traductor argentino. Ha publicado *Un chino en bicicleta* (2007), *El hombre sentado* (2010), *La cuadratura de la redondez* (2011) y *Ganar es de perdedores y otros cuentos de fútbol* (2011). Además de su labor como autor, Magnus colabora con las revistas *SoHo*, *Gatopardo* y en el suplemento *Radar* de *Página/12*.

Nace antes

*Con el pase que le di a Maradona,
si no hacía el gol era para matarlo.*

El Negro Enrique

EL GOL LO HACE RIVAS, SÍ, PERO LA JUGADA nace antes, con el pase de Cralotti. El tipo podría haberla abierto hacia el costado, pero decidió seguir por el medio. Ahí ya se gesta el gol.

—Para eso andá un poco más atrás, porque no sé si te percastaste de que todo viene de un lateral mal hecho por Aldebaro. En vez de asegurarla hacia atrás, la tira paralela por sobre el ocho de ellos. Ahí es donde Paz la pierde, hay un rebote y arranca Cralotti.

—Lateral que no fue, dicho sea y no sé si tan de paso. El último en tocar la pelota es claramente

Aldebaro. Si gana el lateral es porque el otro se duerme. El juez hace la fácil y deja que se cobre el jugador más despierto.

—Es que Rolo le seguía reclamando el agarrón del tres de ellos. Eso al juez lo pone nervioso, lo influye. Un buen ejemplo para los que se quejan de los jugadores que se quejan demasiado. Nunca en la vida un juez va a retroceder en su fallo por lo que diga un jugador, pero hablarle lo influye. Le mete presión.

—O sea que podríamos decir que de alguna manera el gol nace con Rolo.

—Yo te diría que con el agarrón del tres. Fijate vos lo que te puede costar una falta propia que no le cobran al contrario.

—Los caminos de la ley de ventaja son inescrutables.

—Una corrida bárbara, esa del Rolo. Si el tres de ellos no le usa la camiseta de freno de mano se mete al arco con pelota y todo. Y eso que ya venía corriendo desde mitad de cancha.

—¡Desde antes! Si el que rechaza el córner en el primer palo es él.

—Tenés razón. Rivas la aguanta, pase al Pelado, y ahí va para el Rolo.

Inescrutable
Misterioso,
impenetrable.

—Agarrón, pelotazo del último de ellos, Aldebaro que se cobra el lateral, rebote, Cralotti, su ruta.

—Igual sabés que me quedé pensando que no es casualidad que el córner se haya quedado en el primer palo. No sé si sabías que ahí la cancha tiene como una bajadita, no muy pronunciada, pero suficiente como para que llegues medio cansado a patear.

—Cómo no. Y el banderín está medio chanfleado, apenitas pero ya te marea. Por eso cuando jugamos de locales elegimos el arco de la avenida, para que en el segundo ellos tengan que tirar los córners del lado del río.

—Parece mentira cómo un detalle así puede definir un partido. Hilando fino, podríamos decir que el gol nace ahí porque el Rolo se pone en el primer palo sabiendo que la pelota va a salir débil.

—Y no sé, mirá lo que te digo, no sé si, antes, el Colorado no la tira al córner a propósito. Porque va al piso como para empujarla al lateral, pero después medio que la deja seguir hasta la línea de fondo.

—En ese caso la jugada nace ya en el vestuario, con el cambio que hace Pino, poniéndolo al Colorado en el lugar de Vargas.

—Y sí, ese cambio ya es medio gol. El equipo sale parado de otra manera. Cralotti se vuelca a la derecha y ahí se empieza a juntar con Rivas.

—Sí, pero no nos olvidemos de que gracias a Vargas no nos comimos una pepa al final del primer tiempo. Se tiró con todo para cortar al nueve de ellos y le sacaron una naranja con pintitas bordó. Casi que lo obligó a Pino a que lo cambiara.

—Eso sin contar que a los cinco minutos de empezar el partido, en ese tiro libre que el negro Abramovich mete un poco demasiado pasado, Vargas se cuelga del cuatro de ellos y se le cae encima.

—Es cierto, lo aplasta. Pero es una jugada sin trascendencia.

—¿Sin trascendencia? ¿Y quién es el que no lo alcanza a frenar a Rivas en el gol?

—El cuatro de ellos, tenés toda la razón.

—Vargas lo deja medio chueco a los cinco del primer tiempo. Y a los diecisiete del segundo llega nuestro gol. Mirá qué poca trascendencia.

—Igual te digo que el cuatro de ellos ya venía desconcentrado de antes. Él fue el que le tocó el auto al señor Miño antes del partido.

—¿Él fue? Me dijeron que casi se van a las manos.

—Y cómo. Por eso te digo que el tipo ya entró nervioso. Trastornado.

—Es que es así, todo influye en un partido decisivo. Todo tiene su trascendencia. El señor Miño, por ejemplo, se hizo cargo de la administración del club por gestión de Gálvez. Nadie lo quería, y mirá ahora, le agradecemos el gol más importante de nuestra historia.

—Y sí, al cuatro un poco lo desconcentró.

—No, pero no lo digo por eso, sino porque él fue el que trajo a Antonio, que tuvo la idea del córner en desnivel. El gol lo habrá metido Rivas, pero la jugada la armaron entre Miño, el jefe de mantenimiento y Pino.

—Para eso no te olvides de mí, que lo traje a Pino cuando terminamos la cancha nueva.

—Cancha nueva que, no hace falta que te acuerde, empezó a hacerse realidad gracias a mis gestiones con el gobernador.

—Gran jugada esa.

—La verdad.

—Ahora va a terminar resultando que el gol lo metimos nosotros.

—Y bueno, visto así en perspectiva...

—Visto en perspectiva lo metió don Anselmo cuando fundó el club.

—Antes su abuelo, que fue el que trajo el fútbol profesional a la provincia.

—Para eso remitámonos al que lo trajo al país, o al inglés que lo inventó.

—O al que inventó la pelota.

—Al primer hombre que sintió la necesidad de jugar con otro en vez de pelearlo.

—Claro. La guerra se sabe cuándo empieza, pero no cuándo termina. En cambio un partido se sabe cuándo termina pero nunca en qué momento empezó.

—Para mí, cuando todavía jugaba, el partido empezaba en el momento de poner el primer pie sobre el banco del vestuario y atarme los cordones del botín derecho. Siempre primero el derecho.

—Para mí empezaba antes, cuando sacaba las medias del cajón y las desenrollaba sobre la cama. Porque una vez me pasó de traer dos distintas.

—Bueno, si vamos a hilar fino, la noche anterior yo ya dejaba todo listo sobre la silla. Canilleras, carnet, peine, todo.

—Para mí cada partido empezaba en realidad al principio del campeonato, cuando nos repartían los

fixtures. ¿Te acordás? Ahí vos veías que por ejemplo en la octava fecha tocaba contra Talleres, y ya te ibas mentalizando.

—Y como hincha lo mismo. Yo, por ejemplo, ya estoy palpitando el campeonato que viene.

—Es que la previa es casi tan importante como el partido mismo.

—Más. Yo te diría que más. La previa es todo.

—Es lo que siempre decía mi viejo con las minas: la previa es todo.

—Y sí, porque un garche, por ejemplo, ¿cuándo empieza? Uno sabe que dura lo que dura dura, pero ¿quién te dice donde empezó todo? Tal vez a la minita ya te la empezaste a ganar con un gesto de hace años.

—Por eso yo desde chico antes de salir chequeo que tengo el peine. Ante todo, presencia.

—Es que un levante empieza ya en el momento en que elegís un perfume, o cuando decidís dejarte crecer el bigote.

—Te diría que antes, en el tipo de dieta que llevás, en tus gustos musicales. Yo a mi jermu, por ejemplo, me la conquisté cuando empecé a escuchar a Julio Iglesias, y eso fue años antes de conocernos.

—Julio Iglesias quería ser arquero, pero tuvo un accidente y tuvo que dejar la carrera. Siempre me pregunté qué hubiera sido de él si no tenía ese accidente.

—Ah, yo también soy de los que después, cuando el partido ya pasó, se quedan pensando qué hubiese pasado si la pelota entraba, si nuestro arquero atajaba el penal.

—Yo a veces lo pienso tanto que hasta puedo ver cómo alguien la saca al córner, o cómo el arquero llega con lo justo. Te juro que lo veo como si hubiera pasado.

—Todavía, mirá qué loco, todavía hoy yo sigo preguntándome qué habría pasado si pega en el palo y se va la pelota que la Chancha Arregui metió en contra en el último minuto. Treinta años pasaron de ese partido y yo sigo pensando qué hubiese pasado si pegaba en el palo y salía, en vez de pegar en el palo y entrar.

—Qué jugador igual la Chancha, eh. Me acuerdo que gritaba los goles antes de meterlos.

—¡Antes de entrar a la cancha! Hoy hago dos, nos decía, y los gritaba en el vestuario. Después salía y hacía dos.

—Un campeón, Arregui. Y qué presencia. Si mal no recuerdo se movía a la madre de Rivas.

—Se la conquistó precisamente por ese gol en contra. No sé si te acordás cómo estaba después del partido. Y ahí ella se le acercó a consolarlo.

—Quién te dice que no sea el verdadero padre de Rivas.

—La verdad. Quién te dice que ahí no nació todo.



Este cuento se publicó en *Ganar es de perdedores*.

Si te gustó...

Un chino en bicicleta, de Ariel Magnus; *La 31*, de Ariel Magnus; *Once cuentos de fútbol*, de Camilo José Cela; *Los bárbaros*, de Alessandro Baricco; *Historias de fútbol*, dirigida por Andrés Wood.

“No tengo relación con el fútbol. Ni él conmigo. No sabemos nada el uno del otro. Cada cual hace su juego. Yo escribo, él convoca multitudes”.

Fernanda García Lao

Fernanda García Lao

Mendoza, 1966

Escritora, dramaturga y poeta argentina. Hija del periodista Ambrosio García Lao. Se exilió con su familia en Madrid, donde vivió desde 1976 hasta 1993. Ha publicado las novelas *Muerta de hambre* (Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes), *La perfecta otra cosa* (Tercer Premio Cortázar), *La piel dura*, *Vagabundas* y *Fuera de la jaula*; y en 2013, el libro de cuentos *Cómo usar un cuchillo*. Algunos de sus textos han sido traducidos al francés, al portugués, al sueco y al griego.

Patricio se bifurca

Desviaciones en el pasto

FUE EN EL ÚLTIMO MINUTO. LA MASA VICTORIOSA se disparó en dirección al campo. Las tribunas parecían un corral lleno de zorros salvajes, baba detenida en la comisura de esos labios. Habían ganado, estaban exultantes. Del otro lado, las gallinas perdían su plumaje.

Sin embargo, la angustia por respirar dejó a uno fuera de juego. Estaba del lado de la victoria, pero no hay éxito sin sacrificio. A este le tocó ser el cordero y resistió mal el embate. El peso de la hinchada se descargó sobre su cuerpo. La presión contra el alambrado hizo que perdiera la conciencia.

Tras algunos cánticos soeces, la concurrencia excitada –parecían fósforos– se trasladó veloz a la salida. Una multitud ensordecida por el éxito, entre puteadas y eructos, desalojó el estadio y fue escoltada por la

Soeces
Ordinarios,
groseros.

policía. El bullicio de los alcoholizados se dispersó por las avenidas y calles adyacentes.

Nadie reparó en él. Quedó tirado y cubierto. Restos de inmundicia lo envolvían, banderas, vasos de plástico, choripanes abandonados con la grasa hacia afuera. La basura confunde las formas. Una pierna se convierte en otra cosa. Pasa inadvertida entre banderines mugrientos.

Cuando abrió los ojos, el mundo era un objeto sin sentido. Tenía marcada una zapatilla 42 en la cara. La demencia ya estaba fuera del campo y la batalla de gritos no era ni un eco en la memoria. Buscó en algún rincón de su mente el momento previo al despertar. Ni un silbato. Se sintió de prestado en ese cuerpo.

La antigua identidad se había retirado, así como la conciencia del espacio. Qué era aquel territorio espeluznante. Una imagen antigua intentó llenar el vacío. El sol era blanco y se multiplicaba en cada esquina. Caía sobre el verde, que daba la impresión de una alfombra sucia después de alguna bacanal. Creyó ver la luna, un objeto anormal allá arriba, reproducido. La luz artificial crea una falsa sensación de realidad.

Se miró con detenimiento intentando descifrarse. Tenía una camiseta de colores fuertes y una corneta

rota en la mano. Se quiso resolver como un enigma, pero a su alrededor las pistas eran confusas.

Hizo un mapa araña en su mente:

a) El cuerpo soy yo. Me coloco en el centro del asunto, soy un bicho misterioso.

b) Mis patas son los temas que se difunden hacia afuera: Grada, Campo, Atuendo.

c) De esas patas nacen subpatas: de Grada se extrae bandera, lata retorcida, condón usado. De Campo nace papelito, sudor, vacío. Y de Atuendo, corneta, pantalón caído.

Ocupado en la reflexión idiota, tardó en ponerse de rodillas. Un dolor agudo presionaba su costado derecho. Tenía el torso lastimado.

El cerebro es ocultador, hace lo que quiere. Se dijo que su nombre era Ricardo, y de la idea Ricardo surgió un puesto: profesor emérito de universidad lejana. ¿Este era el campus verde, tan similar y a la vez tan diferente? No, no estamos en Princeton. Dónde está la Firestone Library. ¿Siete millones de títulos se habían convertido en pilas de roña? Quizás su memoria había sido ocupada por uno que intentaba distraerlo. O tal vez, el tiempo había sufrido una aceleración y estaba al borde de la muerte. Se sintió agotado.

Al revisar sus bolsillos encontró un par de billetes. No muchos. Pero la plata no cuenta quién es uno, más bien sirve para ocultarlo. Logró reflexionar, a pesar de la desgracia. No había perdido su exquisita capacidad para las estrategias inútiles.

Un ejército de barredores hizo su aparición y tomó las gradas. Algunos lo miraron con sorna. No se animó a hablar. Qué podía preguntarles. ¿Quién soy, alguno me conoce? La mente falsifica las formas. Porque el sentido del ridículo sobrevive a cualquier olvido, no iba a ponerse en evidencia. Decidió cerrar la boca. Pero un soldado de la limpieza le dirigió la palabra. Hablaba difícil.

—Papi, ¿te hicieron de goma! Mirá que cierran en cinco.

Sonrió como un extranjero mientras intentaba sostener el equilibrio. Había perdido una zapatilla. ¿Sería la que tenía marcada en la cara? Tampoco encontraba su antigua capacidad de diálogo. Hilar una frase era más difícil que entender la hora del día. Era el único sobreviviente y no quería llamar la atención. Esos tipos se habían lanzado igual que buitres entre los restos, buscando alguna cosita de valor. Que no se llevaran su dignidad, al menos.

Pensó en Dante. El infierno estaba sucio. Y olía a pis.

Recuperar la zapatilla que le faltaba era imposible. En su lugar encontró un mocasín suelto. Decidió que era mejor ponérselo que continuar semidescalzo. Empezó una retirada poética, de ritmo asonante. Un paso, zapatilla, otro paso, mocasín. Una silbatina burlona se produjo a sus espaldas. No se dio vuelta.

Al cabo de unos minutos de traspies y movimiento, llegó a un corredor y vio un baño. Las luces parpadeaban igual que su imagen en el reflejo. Al mirarse, intuyó que no tendría más de cuarenta. A pesar del aspecto aturdido, tenía pinta de ser un buen tipo. Le interesó su aspecto, aunque no hubiera visos de felicidad ni siquiera cuando intentaba una sonrisa. En los dientes, descubrió las sobras de un sándwich de jamón y queso. Intuyó alcohol deambulando por sus venas, aunque el aturdimiento podía deberse al estado lamentable en que se encontraba. Metió la cabeza debajo del agua fría. Se erizó como un animal. Vacío su esfínter y no se lavó las manos. Era racional, pero escaso de higiene.

Regresó al corredor, todas las puertas estaban cerradas. Era tarde. Recorriendo en círculo el pasillo, encontró

Viso

Aspecto.

una salida habilitada. Se escucharon quejas, argumentos extraños. Un grupo de panzones discutía la derrota.

—El fracaso no me altera, lo que te aniquila es el desgaste.

—El dos a uno, viejo. —Las voces del otro lado de la puerta le resultaban encantadoras.

Aquellas frases se colaron hasta él, se tatuaron en su frente. La personalidad Ricardo compilaba ese tipo de cosas. Lo alto y lo bajo. Lo excelso se reclinaba en lo ordinario.

*Excelso
Muy elevado en
importancia o
dignidad.*

Testimonio brindado por Ana P. Gabilondo al perito Walter Borrone, antes del levantamiento de Indicios Orgánicos

Este no fue su primer intento de mudar de cerebro. Patricio ya tanteó ser otro en varias ocasiones. Según me consta, cinco años atrás, vivía con una mujer pe-tisa en una casa del arrabal de acá a la vuelta y era hinchá del equipo contrario. Ella y yo nos hicimos amigas hace poco. Nos unió la desgracia, parece.

Cuando estaba con ella, Patricio pretendió llamarse Jorge Luis y perturbarse con tigres. Le dijeron

que fue el estrés, pero no terminaba de creerle al paramédico que estaba de guardia. Estrés de qué, repetía Nidia. Después del clásico atendemos a muchos, aseguraba el tipo. Es un nihilista, dijo ella. No sé bien a qué se refería. Creo que Nidia tampoco. A veces las palabras saben más que nosotros.

Nihilista

Seguidor del nihilismo, doctrina filosófica que sostiene la imposibilidad de cualquier conocimiento.

Patricio era un infeliz y estaba desempleado. Siempre. Lo único que levantaba un poco su ánimo era la lectura y el deporte. El que realizaban los demás. A la tardecita, se instalaba con una camiseta acorde con su fervor y miraba fijo la pantalla minúscula de un televisor blanco y negro. El grande lo usaba Nidia. El problema es que se ponía frenético. Entre partidos, leía cosas raras. Después, hablaba como traducido.

“El propósito del juego consiste en avanzar hacia una arcada cuidando de una esfera que no debe ser interceptada por los pies ajenos ni por el único sujeto que permanece estacionario, bajo la arcada. La poesía se produce a pesar de lo previsible de ese destino: la esfera debe sortear al estacionario. Cómo sucede. ¿Momento de belleza irreversible o simple casualidad? La geometría puede ser cruda”.

Malsana
*Perjudicial, nociva
 para la salud.*

Avezado
*Acostumbrado
 a algo, hábil.*

Así definió Patricio un partido bajo los efectos del arrebató literario ese. La invención malsana se había adueñado de su voluntad y había olvidado las reglas elementales de la vida del deportista pasivo, del avezado discutidor de los domingos que era. Estas explicaciones anormales las daba desde un rincón de su cuarto al que había bautizado Elalef, o algo así. A su mujer la llamó Beatriz y ella no dio más, ya lo había dado todo. ¿Te tragaste un diccionario?, dice Nidia que le dijo.

Aquella mañana no era candente, aunque fuera febrero. Ella solicitó al falso Jorge Luis que le trajera algo de la vereda, un espejo. La idea fue mía. En cuanto su delgadez atravesó la puerta, porque Patricio siempre fue un esmirriado, ella aprovechó para cerrar con llave y condenarlo a la intemperie. Él consiguió ablandarla un poco. Nidia le pasó por la ventana una muda de ropa y algunos pesos.

Caminó hasta una pensión cercana donde se instaló un par de meses. Andaba obsesionado con su recién adquirida sabiduría y una miopía preocupante. La primera noche se quedó ciego. No le sirvió de nada. Fue desalojado en cuanto se agotó la plata de su bolsillo izquierdo.

El muy caradura recuperó de milagro la visión y se juntó conmigo. Yo le creí todo, lo aguanté en su delirio a cambio de aquellas noches. Aunque chiquito, Patricio era una fiera puesto en horizontal. Me ponía nerviosa cuando hablaba de los Apócrifos, un equipo de la B, supongo. Comencé a consumir pastillas.

De a poco, fue perdiendo su antigua personalidad. Incluso habló de un casorio colosal. Nadie podía suponer que tras una final muy peleada, amagara con llamarse Macedonio. Decía que soñaba con ser inédito, o inaudito. No recuerdo bien las palabras, pero fue la gota que rebalsó el vaso. Repetía, delirante, frases sin sentido. No todo es vigilia y no sé qué. Me decía la Eterna. Alguna amante anterior a nosotras, seguro.

Pasé por momentos de rencor, incluso me puse violenta. Pero a él nada lo sacaba de sus fabulaciones. Ayer convencí a un amigo. Lo vino a buscar para un amistoso. Le preparé un tostado y, sutilmente, le saqué la llave del bolsillo. Anduve pidiéndole a la Virgen que se olvidara de mí, de su vida conmigo. Que se distrajera con otra. Pero nunca imaginé esto.

Inaudito
Asombroso.

Era un tipo extremadamente voluble. Y no leyó un libro entero ni escribió una sola línea. Es el fervor del balompié lo que le disparaba los abismos. Nidia dice que en el fondo lo hacía para compensar tanta barbarie. Yo creo que no. Sencillamente, Patricio se bifurca.

Gracias por escucharme. Y por el Clonazepam.

La herencia es cultural

La puerta cedió y el grupo de panzones lo miró con furia. Los alterados eran cinco. Sus camisetas no coincidían con la que él tenía puesta. Una especie de contagio siniestro se apoderó de aquellos seres. Uno lo palmeó en el hombro y le preguntó si estaba provocando. No hubo tiempo para respuestas. Intentó una huida torpe, pero las piernas no le respondieron. Frenaron el escape y se doblaron igual que una silla que se pliega. Enseguida lo paralizaron entre todos. Al arrastre lo sacaron. Ya no había transeúntes.

Eventos de vida simulada desfilaron por los ojos de Patricio. Vio decenas de palabras en una torre, una ciénaga de ficciones que no lograba descifrar. La lluvia furiosa de Buenos Aires licuaba el tiempo.

Mientras lo forzaban contra un auto abandonado, cuando el quinto contrincante se agitaba violento contra sus nalgas, recuperó súbitamente la memoria, esa esquiva, la caja de resonancias que se había llenado de otros para sortear los momentos inquietantes de una vida sin sorpresas. Soy Patricio –se dijo– sin emitir más que una respiración espasmódica.

Recuperarse a sí mismo en medio del dolor fue su pequeña victoria. Aún llevaba la corneta. Parece que el barro fue peor que la golpiza. Se la dejaron clavada y no hubo fuerza que lograra desprenderla.

Su último suspiro produjo una melodía estremecedora. De una oscuridad exquisita.



Este cuento se publicó en *Las dueñas de la pelota. Cuentos de fútbol escritos por mujeres*.

Si te gustó...

La piel dura, de Fernanda García Lao; *Muerta de hambre*, de Fernanda García Lao; *Fútbol era el de antes*, de Ana María Shua; *Mujeres con pelotas*, realizada por Ginger Gentile y Gabriel Balanovsky; *Offside*, dirigida por Jafar Panahi.

“Escribir sobre fútbol es algo que siempre me gustó, es la misma relación que con la historieta. [...] Independientemente de que sean culturalmente aceptadas o no. Partimos del placer, de lo que nos gusta. El fútbol da para muchísimas cosas”.

Juan Sasturain

Juan Sasturain

Buenos Aires, 1945

Periodista, guionista de historietas, escritor y conductor de TV argentino. Ha publicado *Manual de perdedores 1* (1985), *El día del arquero* (1986), *Perramus* (1986), *Manual de perdedores 2* (1987), *Arena en los zapatos* (1989), *Los dedos de Walt Disney* (1992), *Versiones* (1993), *El domicilio de la aventura* (1995), *La mujer de la ducha* (2001), *Brooklyn & Medio* (2002), *La lucha continúa* (2002), *Buscados vivos* (2004), *La patria transpirada* (2006) y *Picado grueso* (2012).

Sportivo Virreyes

LA HISTORIA ES MUY LINDA Y NO ES MÍA. Me la contó un amigo. Solo me he ocupado de entreverar circunstan-
cias, agregar detalles y sumar nombres propios para hacerla más próxima a cosas que sí conocí, que cualquiera conoció. El lector puede imaginarse el contexto de la secundaria, hace unas décadas. No tantas, apenas las necesarias para que nada haya cambiado demasiado.

Ritmo, explicaba Paternó: en principio, era una cuestión de ritmo. La memorización se sustentaba —en parte— en encontrar la cadencia. Aunque no siempre alcanzaba con eso, advertía Paternó; y enseguida condescendía a recordar el cuento de Jaimito en que, cuando le tomaron la tabla del dos empezó así: “La la-lá, lá; la la-lá, lá; la la-lá, lá...”; la maestra lo paró ahí: “¿Y eso qué es?”. “Es la música de la tabla. La letra todavía no me

Entreverar
Mezclar.

Cadencia
*Ritmo, sucesión
o repetición de
sonidos.*

Demagógicamente

De manera manipuladora.

la sé”. Y Paternó dejaba que la tropa riera, se dejaba franelear demagógicamente como docente permisivo y piola, capaz de contar cuentos en clase. Y enseguida, sobre

el pucho y las risas, contaba otro, atribuido nada menos que a Charles Chaplin y llamando precisamente “Ritmo”: un condenado a muerte ya expuesto al pelotón de fusilamiento espera la posibilidad de un indulto de última hora. Vencidos todos los plazos, el oficial “Apunteen”, grita “¡Listosss!” ... y en ese momento se oye una exclamación: “¡Paren!”. Pero todos los soldados —llevados por una ciega cadencia— hacen fuego.

Indulto

Perdón total o parcial de una pena.

Era el indulto, pero nadie ha escuchado las palabras, sino que todos han oído una orden, llevados por la inercia del ritmo. El

indultado está muerto, fusilado.

Paternó lo contaba bien. Cierta mecánica aplicación de recursos y efectos, dada por veinte años de docencia, no alcanzaba a empañar la eficacia del relato. Un profesor de Historia capaz de dramatizar las guerras

Apacentar

Dar pasto espiritual, instruir, enseñar.

médicas o la muerte de Julio César para apacentar a las fieras de primer año, o de describir las penurias de Cortés en la Noche Triste de Tenochtitlan para mantener suspensos a los salvajes de segundo tenía

que ser un buen vendedor de su materia. Y lo era: vendía lo suyo con fervor, sobre todo cuando en la historia había madera aventurera para tallar. En otras zonas más áridas, despertar el interés del hirsuto estudiantado se hacía más difícil, pero ahí es cuando Paternó extremaba recursos, sacaba ideas de la galera. Como cuando se le presentaba el “problema de los virreyes”, según solía decir en reuniones de profesores.

La experiencia le indicaba a Paternó que si bien la secuencia de Descubrimiento y Conquista de América era entretenida por los viajes, los charrúas que se comieron a Solís y las morbosas matanzas en las minas de plata, el interés decaía con la insoportable Época Colonial: hacia el mes de junio, la aridez de temas como las Leyes de Indias, la Real Audiencia y el Monopolio, el tratado de Tordesillas y el contrabando hacían casi interminable el camino que llevaba hasta las amenísimas Invasiones Inglesas, penúltimo foco de interés antes de que el pueblo quiera saber de qué se trataba. Por eso, había encontrado un recurso para zafar de los virreyes que, sacando el iluminado Vértiz y el cagón de Sobremonte —se permitía el exabrupto— eran una serie indiferenciada, imposible de retener.

Hirsuto
Huraño,
desagradable.

Exabrupto
Grosería.

—Por eso, muchachos —decía Paternó después de la introducción referida al ritmo, el cuento de Jaimito y de Chaplin—, es cuestión de encontrar un esquema previo, una unidad rítmica y de algún modo visual que les permita memorizar sin esfuerzo esta lista de nombres que van de don Pedro de Cevallos a don Gaspar Hidalgo de Cisneros. Y yo les propongo una. —Y ahí se volvía imprevistamente a uno de los más atorrantes:

—A ver, vos: ¿cómo forma Racing?

Luego de unos instantes de vacilación, el adoquín incapaz de hilvanar el nombre de tres próceres recitaba sin vacilación la rítmica oración consabida: Negri; Anido y Murúa; Blanco, Peano y Sachi; Corbatta, Piz-zuti, Manfredini, Sosa y Belén.

—Bien. Y a ver vos: ¿cómo forma Boca?

Y el otro empezaba: Roma; Silvero y Marzolini; Si-meone, Rattin y Orlando...

—Está bien —interrumpía Paternó yendo hacia el pizarrón, tiza en mano—. Hagan de cuenta que hoy van a aprender otro equipo: Sportivo Virreyes, si quieren. En el arco, Cevallos; dos *backs*: Vértiz y Del Campo. —Y los ponía en forma de pirámide, respetando la vieja, clásica formación futbolera—. La línea media forma con Arredondo de *half* derecho, Melo de *centrehalf* y Olaguer de seis; adelante, de *wing* Avilés; Del Pino de

insai; Sobremonte de nueve; Liniers de diez y Cisneros de *wing* izquierdo. A ver, léanlo, díganmelo.

Y los analfas lo repetían con la precisión inolvidable de una formación con camiseta y todo. Lo repiten todavía.

El amigo que me lo contó es incapaz de armar la Primera Junta sin trabucarse y ni hablemos de los escurridizos Triunviratos. Pero de Sportivo Virreyes no se puede olvidar. Para él, fana de River, Carrizo es Cevallos; Mantegari es Arredondo; Pipo Rossi es Melo y el glorioso Walter Gómez tiene, para siempre, el lugar del cagón de Sobremonte.



Este cuento se publicó en *Picado grueso*.

Si te gustó...

El día del arquero, de Juan Sasturain; *La Patria transpirada*,
Argentina en los Mundiales, de Juan Sasturain; *El hincha*, de Mempo
Giardinelli; *Pelota de trapo*, dirigida por Leopoldo Torres Ríos.

“He leído De fútbol somos y quiero decir, sin exageración ninguna, que hace mucho tiempo la lectura de un libro no me atrapaba tanto como la de este. [...] Es que, quizá, el fútbol en este libro no es más que un gran pretexto –absolutamente válido y digno– para meditar con hondura (y sobre todo ¡con gracia!) sobre lo esencial de nuestra vida”.

Héctor Tizón, escritor

Rodolfo Braceli

Luján de Cuyo, Mendoza, 1940

Poeta, narrador, dramaturgo, ensayista y periodista, autor de más de treinta libros. Fue traducido al inglés, francés, italiano, coreano, polaco y quichua. Desde 1970 vive y trabaja en Buenos Aires. Escribió *Borges, saque su cuchillo porque he venido a matarlo* (1979-1998), *De fútbol somos* (2001) y *Células de identidad* (2014), entre otros. Es autor de las biografías de Julio Bocca (1995) y Mercedes Sosa (2003). Para el cine escribió y dirigió *Nicolino Intocable Locche*. Desde 2001 dicta su seminario “Periodismo y literatura. Secretos de profesión” en universidades y escuelas de comunicación social. En 1996 obtuvo el premio Pléyade por su entrevista a Gabriel García Márquez.

La partera de Maradona

LA MADRE QUE PARIÓ A MARADONA PUDO concebir a semejante ser porque antes afrontó y cumplió al pie, al pie de la letra, los consejos que la Pierina le anotó, de puño y letra, en un cuadernito. La Pierina era partera a la hora que fuese. Una digresión: también se llamaba Pierina la partera que ayudó a mi madre para que mis cinco kilos y pico salieran a respirar al mundo. No se trata de la misma Pierina, no, pero una me llevó a la otra y la otra a esta historia.

En ese vértice del almanaque que abrocha un año con otro, cuando brindamos y nos abrazamos y nos besamos y nos ponemos momentáneamente buenos, Dalma Salvadora Franco, la Tota, le dijo a su esposo Diego Maradona, Chitoro, al oído le dijo:

- El próximo será varón. Te lo juro.
- Eso me dijiste la primera vez...
- ... y vino nena.
- Y la segunda vez...
- ... y vino nena.

—Y la tercera vez...

—... y vino nena. Y la cuarta vez, sí, también te lo dije.

—Y nena vino.

—Pero el quinto, Chitoro, será varón.

—Será varón, Tota... si no viene nena.

—Te digo que será varón.

—Si nos sale nena yo la voy a querer igual. Vos sabés.

—Será varón. Y jugará a la pelota como diosmanda.

—Dios, Tota, no entiende un comino de fútbol.

—Bueno, si no entiende que mire para abajo y aprenda de una vez.

Llovía sin consideración afuera de la casilla en la Villa Fiorito de Lanús, provincia de Buenos Aires. Pero la Pierina prometió que iba a estar a las seis de la tarde y allí estaba ese 5 de enero, empapada, con el paraguas desfondado. Era una partera de palabra. La Tota le arrimó una toalla y un batón y se fueron a la única habitación para poder hablar tranquilas. Era una conversación de grandes y las nenas que sigan jugando.

—Quiero que sea varón, Pierina. Varón y futbolista y bueno.

—¿Bueno como persona o bueno como jugador?

—Las dos cosas: varón bueno y jugador buenísimo.

—Sabía que me ibas a pedir algo así. Pero hagamos de cuenta que no me dijiste nada. Y empezemos de cero. Respondeme, Tota, a cada cosa que te voy preguntando.

—Sí, Pierina, pregúnteme.

—Ustedes nunca fueron otra cosa que pobres... tenés cuatro críos, cuatro, ¿querés tener otro?

—Sí, quiero.

—¿Y tu marido se anima?

—Sí, quiere.

—¿Lo querés hombrecito u hombrecita?

—Hombrecito.

—Entonces, Tota, deberás mirar el sol cada vez que tomés agua.

—Miraré el sol cuando tome agua. Pero ¿y de noche?

—Mirarás la nuca del sol, que vendría a ser la luna.

—Tomaré agua mirando la luna entonces.

—No es todo. Vos y tu Chitoro, cada día deberán comer cosas que vengan de los árboles, de la madera.

—¿Para qué eso?

—Para que el venidero les nazca con palito.

La Pierina era una mujer con algunas lecturas, por ejemplo, eso de “para que el venidero les nazca con

palito” se lo afaná a un poeta que iba a escribirlo tres años después en un libro que se llamaría El último padre. Pasan estas cosas. Y hay que decir, además, que la Pierina era una partera apta para todo servicio: más de una vez, con dolor en el corazón y en el alma, ayudó a abortar criaturas que iban a ser devoradas por la condena definitiva de la pobreza. No hay derecho a arrojar a nadie al hambre, decía ella.

Parir un hijo Jesús no fue fácil. Solo una mujer pudo. Parir un hijo Che Guevara tampoco fue fácil. Solo una mujer pudo. Parir un Diego Armando Maradona Franco, más que superdotado futbolista y hacia 1986 el humano más famoso entre todos los seres vivos del planeta, tampoco iba a ser fácil, para nada.

La Pierina pidió un té de carqueja ¡sin azúcar! y lo tomó despacio, algo pensativa.

—Decime Tota, ¿estás bien segura de que querés que el pendejo te salga futbolista y buenísimo?

—Y sí. Que sea buenísimo, el mejor de la villa.

—Mirá, si nos metemos en este baile tenemos que apostar muy fuerte. Ya que estamos, que además sea el mejor de la villa, el mejor de la provincia, el mejor del país, el mejor del mundo, el mejor del siglo y de todos los tiempos.

—Y bueno, Pierina... ya que estamos...

—Te aviso que no va a ser sencillo.

Conseguir un pibe así te va a costar una güeva y la otra güeva también. Yo me vine bien preparada, Tota. Te anoté, mes por mes, lo que tenés que hacer sin saltearte nada. En cuanto te olvidés o no podás hacer algo, despedite del pibe 10. Te vendrá un pibe 7 o 5 que jugará lindo, pero como tantos.

Güeva

Testículo.

—No, no, no, yo quiero que sea el pibe 10, el mejor de todos.

—Eso es, Tota, el mejor de todos así en la tierra como en el cielo como en el infierno.

—Pierina, ¿no podemos evitar eso del infierno?

—No podemos: tierra y cielo incluyen infierno. Por el mismo precio, eh.

—Bueno, Pierina, digamé.

La Pierina dijo ahora sí dame un par de mates. Cuando recibió el primero, apretó el ceño y lo tomó cabeceando, mirando al piso. Mirando al piso como quien trata de adivinar las entretelas del futuro, con gravedad. Su rostro fue como un cielo luminoso que sin aviso

Ceño

Espacio entre las cejas.

Entretelas

Expresión que se refiere a algo oculto y escondido.

se oscurece. Después de los mates corrió su silla y se ubicó frente a la Tota. Estaban rodillas contra rodillas. La Pierina abrió el cuadernito y empezó a leer con voz algo solemne:

—Para tener un hijo que como futbolista sea el más genial de los geniales, el más único de los únicos, tendrás que cumplir, mes a mes lo que aquí está escrito.

—Lo haré, seguro que lo cumpliré.

—En el primer mes, cada día, un ajo en ayunas.

—¡Un ajo!

—Un ajo. Caiga quien caiga.

—Y bueno, caiga quien caiga. Pero ¿para qué el ajo, Pierina?

—Para que venga sin pelos en la lengua. Un único entre los únicos tiene que decir siempre lo que le da la gana, así le moleste al faraón o al sumo padre... Sigamos, que se nos viene la noche. En el segundo mes tendrás que dormir en el lado izquierdo de la cama y después siempre así.

—¿Pará qué eso?

—Para que venga zurdo, bien zurdo. En el tercer mes tendrás que hacer tres días de ayuno: solo líquidos.

—Pero voy a tener mucha hambre, Pierina.

—Y él también. Así vendrá: con hambre. Con hambre de gol, con hambre de todo... En el cuarto mes

Sumo padre

*El papa, padre espi-
ritual de la religión
católica.*

tendrás que prepararte cada tres días un caldo que tenga acelga, apio, hinojo, rabanitos, calabaza, camote, ají verde, cinco cebollas, cinco, eh, y pastito de ese que sale a la orilla del pozo de agua. Una olla entera.

—¿Y eso para qué?

—No sé. Pero vos hacelo Tota. El día trece del quinto mes, el 13, deberás buscar una piedra bien redonda, del tamaño de un puño y a la piedra enterrarla en el medio de la canchita más cercana. Eso lo harás sola, sin ninguna mirada, a las tres de la mañana.

—¿Mi marido me podrá acompañar?

—Sola dije. Y sin que nadie se entere. Ni él.

Las recomendaciones para el sexto, séptimo y octavo mes no fue posible conocerlas porque la Pierina, vaya uno a saber por qué, se las dijo al oído a la Tota. Secretos de hembras. Secretos sellados, porque la hoja donde estaban escritas las recomendaciones de esos tres meses fue arrancada en el acto y prendida fuego.

—Pierina, ¿puedo preguntarle algo?

—Te la pasás preguntado.

—Recién me habló al oído, ¿por qué?

—Porque no quiero que escuche.

—¿Quién? Si estamos solas y encerradas.

—No tan solas Tota, siento que alguien nos está escuchando.

—Alguien...

—Sí, yo siento que aquí adentro, aparte de nosotras hay... no sé, alguien que nos está espiando... algo así como un escritor...

(Al escuchar yo, escritor, sentí vergüenza, me ruboricé...).

Tincar
Golpear con la uña del dedo medio haciéndolo resbalar con violencia sobre la yema del pulgar.

—Cebame otro mate —dijo la Pierina enseguida—, pero antes cambiale la yerba.

No me tinca el mate con gusto a enema.

Y el mate renovado vino. Y después las dos mujeres otra vez rodillas contra rodillas.

—Pierina, ¿podré cumplir con todo lo que me está pidiendo?

—Eso me pregunto yo: ¿podrás, Tota?

—Quiero poder.

—Vas a poder.

—¿Y en el noveno mes qué tengo que hacer?

—Desde el primer día caminarás descalza por las mañanas. Descalza, sintiendo que la tierra es la espalda del mundo entero. Esto para que tu hijo venga mundial, ecuménico y planetario, barrilete cósmico...

—¿Barrilete cósmico?

—Se me hace que así lo llamará un día cierto relator que hoy todavía ni imagina que será relator, recién anda por sus trece o catorce años de edad... Sí, Tota, descalza, cada día por la espalda del mundo andarás...

—Eso no me costará nada, me gusta andar descalza.

—Lo que te costará un poquito en la primera semana del mes noveno será enhebrar una aguja...

—Eso lo hago sin dificultad todos los días.

—... enhebrar una aguja con los ojos cerrados. La misma aguja que usás para pegar los botones de la camisa. No vale aguja de colchonero, eh.

Y la Tota quedó preñada a las casi tres semanas de ese encuentro con la Pierina. Pronto se puso gruesa sin disimulo y con entusiasmo. Y mes a mes fue cumpliendo, una por una, las recomendaciones. Mes a mes... Hasta que llegó el crucial día de enhebrar la aguja con los ojos cerrados. Lo empezó a intentar desde temprano: se encerró en su dormitorio, tomó aguja, tomó hilo y... creer o reventar: en el primer intento no pudo. Ni en el tercero ni en el décimo. Ahí se dio cuenta de que estaba temblando. Ciega y encima temblando, así ni en un año podré enhebrarla, gimió. Intentó tres, siete veces, no pudo. Desesperada, le dio una patada a un ovillo de lana y el ovillo de lana se metió justo por el ángulo de la banderola entreabierto. Alguien en la vereda vio salir el ovillo en parábola y bramó ¡¡¡gol carajo!!!

La Tota escuchó la palabra gol y salió como resucitada de su creciente congoja, ahí decidió decir gol en los próximos intentos. Pero no necesitó muchos

intentos, ya en el primero el hilo había penetrado por el enormemente pequeño ojo de la aguja.

Emocionada, lloró en silencio.

Y de pronto entró el marido y la encontró así. No se animó a interrumpirle el llanto, solo se hincó y le besó el vientre y él también empezó a llorar bajito.

Dos días después, la Tota, sumamente embarazada, le estaba dando una mano a su marido. Él, empinándose desde una silla, intentaba cambiar una bombita de luz. Chitoro, qué te costaba hacerlo con la escaler... No terminó de decirlo que a él se le cae la lamparita. Sin pensarlo, ella interrumpe la caída con la rodilla; la bombita vuelve a subir y vuelve a caer, pero no se estrella contra el suelo porque ahí, ella, por así decir, la acampuja con el empeine y la lamparita va a dar otra vez a la mano asombrada de él.

—¿Alumbrará esta lamparita? —dice él.

—Seguro que alumbrará —dice ella.

La Tota, después de cumplir al pie, al pie izquierdo de la letra, los mandatos de la Pierina no imaginaba que su hazaña de la lamparita sellaría, como si fuera un antojo al revés, el destino mundial y único del ser que a las siete de la mañana del día siguiente iba a nacer, en domingo, naturalmente. A nacer por los siglos de los siglos.

El 30 de octubre del año 1960 después de Cristo, la Tota rompió bolsa a eso de las cinco de la madrugada. Camino del Policlínico, que naturalmente se llamaba Evita, le preguntó a la Pierina, que la acompañaba:

—Estoy segurísima de que Dieguito va a ser un pibe
10. Pero digamé, Pierina, ¿mi hijo va a ser feliz?

—Tu hijo estará condenado a dar felicidad a millones.

—Pero él, ¿va a ser feliz?

—Mirá, el Policlínico. Por fin llegamos.

—Pero él, él ¿va a ser feliz?

—Dame la mano y bajá con cuidado.

—Pero él, él ¿va a...

—Dale Tota, afirmate en mí. Vamos. Rápido con cuidado.



Este cuento se publicó en *Perfume de gol*.

Si te gustó...

Querido enemigo, de Rodolfo Braceli; *De fútbol somos*, de Rodolfo Braceli; *Borges–Bioy. Confesiones, confesiones*, de Rodolfo Braceli; *El último padre*, de Rodolfo Braceli; *Mercedes Sosa, La Negra*, de Rodolfo Braceli; *El día del gol*, largometraje sobre cuentos referidos a Diego Maradona del libro *De fútbol somos*, de Rodolfo Braceli; *El día que Maradona conoció a Gardel*, dirigida por Rodolfo Pagliere.

“Felicitó igualmente a Telesur, que ha enriquecido este caluroso verano, y saludo fraternalmente como tú, a los excelentes y prestigiosos futbolistas de Nuestra América, sin olvidar por supuesto, al magnífico y visionario Víctor Hugo Morales, que descubre tus cualidades y tanto ha divulgado el noble valor del deporte y al pueblo argentino que ustedes representan con honor”.

Carta de Fidel Castro a Diego Armando Maradona,
a propósito del programa *De Zurda*

Víctor Hugo Morales

Cardona, Uruguay, 1947

Periodista, locutor y escritor. Cuenta con una destacada y extensa trayectoria en radio y televisión. En el mundo del fútbol, marcó un hito con su relato del gol de Maradona a los ingleses. Publicó nueve libros, entre ellos, *Víctor Hugo x Víctor Hugo Morales* (2009) y *Audiencia con el Diablo* (2014). Obtuvo muchos premios y distinciones, entre los que se destacan el Premio Azucena Villaflor, el Premio Rodolfo Walsh y el Premio Konex.

La jugada de todos los tiempos

LA VA A TOCAR PARA DIEGO: AHÍ LA TIENE Maradona; lo marcan dos, pisa la pelota Maradona. Arranca por la derecha el genio de fútbol mundial, y deja el tercero ¡y va a tocar para Burruchaga! Siempre Maradona... ¡Genio! ¡Genio! ¡Genio! Ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta... ¡¡Goooooollll!! ¡Goooooollll! ¡Quiero llorar! ¡Dios santo! ¡Viva el fútbol! ¡Golaaaaaazo! ¡Diegooooo! ¡Maradooona! ¡Es para llorar, perdónenme! Maradona, en una corrida memorable, en la jugada de todos los tiempos, barrilete cósmico ¿de qué planeta viniste? Para dejar en el camino tanto inglés, para que el país sea un puño apretado gritando por Argentina... Argentina dos;

Inglaterra cero. ¡Diegol, Diegol, Diego Armando Maradona! Gracias Dios, por el f́tbol, por Maradona, por estas ĺgrimas, por este... Argentina dos; Inglaterra cero.



V́ctor Hugo Morales relat3 por Radio Continental “la jugada de todos los tiempos”: el segundo gol del partido entre Argentina e Inglaterra jugado por los cuartos de final del Mundial de F́tbol de 1986 (22 de junio de 1986).

Si te gust3...

Hablemos de f́tbol, de V́ctor Hugo Morales y Roberto Perfumo; *Los once caminos al f́tbol*, de Marcelo Bielsa; *Historias secretas de los mundiales*, de Alejandro Fabbri; “Ayer vi ganar a los argentinos”, de Roberto Arlt; *El caño ḿs bello del mundo*, de Diego Tomasi; Ḿsica: *La mano de Dios* (Rodrigo); *La vida es una t3mbola* (Manu Chao).



La biblioteca Libros y Casas

- **90 minutos.** Relatos de fútbol
- **Todo queda en familia.** Textos de humor
- **Cosas imposibles.** Cuentos fantásticos y de terror
- **Bajo sospecha.** Relatos policiales
- **Palabra de mujer.** Crónicas sobre mujeres argentinas
- **Amores argentinos.** Historietas sobre cuentos y novelas de amor
- **Mucha, mucha poesía.** Tres siglos de poesías y canciones
- **Hubo una vez en este lugar.** Mitos y leyendas de este lado del mundo
- **Animales rimados y no tanto.** Poesía para chicos
- **Brujas, princesas y pícaros.** Cuentos clásicos infantiles
- **Constitución de la Nación Argentina**
- **El *Nunca más* y los crímenes de la dictadura**
- **Manual de las mujeres.** Guía de derechos, salud reproductiva, familia y trabajo para adolescentes y mujeres adultas
- **Manual del hogar.** Guía para el mantenimiento de la casa y la prevención de accidentes domésticos



90 minutos

Relatos de fútbol

Empezó el partido. Arde el fuego de la pasión entre todos los hinchas. Esa pasión que inflama sus corazones con el mismo entusiasmo que al pibe que va con el padre por primera vez a la cancha a conocer en persona al equipo que será dueño de su amor por el resto de su vida. Este libro homenajea esa pasión con cuentos sobre padres e hijos, hinchas, relatores y jugadores de ayer, que dejaban la piel en el césped más allá de los premios y los sueldos, se peinaban con gomina por respeto, se bancaban todos los guadañazos descosiendo los hilos gruesos de las pelotas de tiento y salían a la cancha aun con fiebre o resaca haciendo de su profesión un culto al amor por la camiseta. Para ustedes, fieles amantes del deporte más popular, son estas historias.

